Lunes de Revolución



REPORTAJE DE LA ANTESALA DE LA MUERTE por Manuel Díaz Solano

LA ADULTERA por Albert Camus

BERTOLD BRECHT

Cinco Dificultades para el que escribe la verdad - La vida privada de la raza superior - Poemas

LA BUENA ALMA DE BERTOLD BRECHT por Rine R. Leal

R

13

Junio 8 de 1959

REPORTAJE

por Manuel Díaz Solano



En la turbulenta vida política de los países latinoamericanos, la tiranía dinástica de los Somoza, penetra en la historia nicaragüense con las mismas características de ias otras tiranías. Porque las tiranías latinoamericanas han entrado a la cabina de la dirección nacional por la puerta falsa que les han dejado las ambiciones personales y el aprovechamiento que de esas ambiciones han hecho poderosos intereses extranjeros. Estos regímenes intrusos han arrasado con la economía de sus respectivos países y degradado la dignidad humana a límites increíbles. Han desmoralizado a los pueblos y perseguido, torturado y asesinado a sus líderes.

Es posible que en el extranjero la mayoría de la gente desconozca que en la administración del ya muerto tirano Somoza, su personal estadística de asesinatos superó el número de doce mil nicaragüenses, labor en la que fué muy devoto, como en el pasatiempo de coleccionar las emisiones de la moneda nicaragüense y en la manía de inscribir a su nombre las riquezas del país, que no fueron entregadas graciosamente. Para lograr esos pasatiempos tenía una particular concepción de la filosofía pragmática, sintetizada en sus famosas tres P: para los amigos, plata; para los indiferentes, palo, y para los enemigos, plomo. Con la comprensión de este lema es fácil establecer cómo fué que Somoza dejó una abertura de dolor en el costado de la vida nicaragüense y que luego sus hijos han continuado, con toda devoción.

En estas páginas no pretendo, sí, contabilizar la totalidad de la situación nicaragüense, sino relatar una ínfima experiencia personal. Un hecho que otros también han sufrido en carnes propias y en mayor o menor grado.

...Era el 8 de abril de 1958. Como de costumbre, me encontraba escribiendo mi radio-editorial, que luego era recogido en las columnas de "El Gran Diario" o "Flecha", donde también desempeñaba funciones periodísticas. El resonar del teclado de vez en cuando era interrumpido por el pueblo que llegaba a petentizar su afecto y solidaridad con la causa que defendía. Apenas había contemplado dos párrafos de mi radio-editorial cuando una voz surgió desde una de las puertas de la oficina:

—Manuel, ¿me puedes permitir unos minutos?

—Sí hombre, ¡con mucho gusto! —le contesté al teniente Alberto Jarquín, antiguo compañero de estudios intermediarios y a quien muchas veces salvé de un aplazamiento, porque siempre fué un estudiante de mala calidad.

Su inesperada visita y tratándose de un viejo compañero me produjo una manifestación de cariño. Pensé que llegaba a saludarme o a participarme algo que tenía interés que denunciara, como lo hacían otros militares amigos y en forma cautelosa para evitar complicaciones.

Preguntándole de su vida, cuando hubimos penetrado a una de las oficinas que estaba sola lo invité a sentarse.

—No quiero que sea aquí, sino en la calle, me dijo.

—Para comunicarme cualquier cosa, aquí lo podés hacer con toda confianza... No hay nadie... Aquí estamos solos, le enfaticé.

Al decirle esto se transfiguró totalmente. Adquirió una actitud felina y al instante se hicieron presentes varios miembros de la Oficina de Seguridad. Hubo forcejeos. Palabras altas, de mi parte, para que se enteraran los compañeros de la radio. La escena se redujo a segundos, en que por la fuerza me hicieron penetrar a un automóvil ante el asombro y comentario del vecindario, en tanto la emisora daba la noticia al país, como un flash de última hora.

Ya dentro del automóvil y flanqueado por dos miembros de la Oficina de Seguridad, entre las cuales se encontraba mi antiguo ex compañero, portando flamantes ametralladoras M-3, con voz robusta y orgullosa de su acción recién realizada, me lanzó una pregunta:

—¿Dónde pasaste Semana Santa?

—En la finca de mi papá, contesté secamente.

—¡Qué bárbaro! ¡cómo violaste a esa muchacha!, me dijo.

Una oleada de sangre se precipitó por todas sus pistas, que me hizo contestarle con energía.

—No has dejado de ser el mismo irresponsable de los tiempos de colegio. Con razón ingresaste a la guardia, porque sólo los que no saben triunfar en la vida, son capaces de prestarse a las infamias de los Somoza.

Mis palabras lo hicieron interrumpirme con una fuerte sacudida, tomándome por el pelo y manos esposadas.

—Cobarde..., miserable , continué diciéndole, mientras el otro esbirro me proporcionaba un formidable golpe con el empeine de la ametralladora. Y un opulento chorro de sangre me cubría la cara...

—Vos en toda babosada andás metido. Ya vas a ver lo caro que se pagan esas pretensiones de botar a los jefes, afirmó Jarquín.

Este episodio se desarrolló precipitadamente, al chirriar de los frenos del automóvil en las aceleradas vueltas por las esquinas de la ciudad capital de Nicaragua. En pocos minutos estuvimos en la Tercera Estación de Policía. Allí se dieron recomendaciones terminantes. Se me practicó un minucioso registro y finalmente fuí recluído en una mazmorra, hasta segunda orden, prohibiéndosele a los guardias cruzarme palabra "por tratarse de un peligroso sujeto que se dedica a la política y es enemigo de los Somoza".

A medida que fué discurriendo el tiempo me percataba con más seguridad de que aquello no era más que el prólogo de una gran tempestad que se avecinaba. Quería evadir los pensamientos que sobre el asunto se proyectaban en mi mente, pero las amonestaciones que se me habían hecho otras veces evitaban que las ideas se concentraran en otros asuntos. Pocos momentos después oí el resonar de las llaves en las manos de un sargento. del que nunca averigué su nombre, pese a que como una maldición siempre encontré en la mayoría de las veces que estuve en la cárcel. Iba acompañado de otros guardias que portaban sus rifles, tan útiles para culatear a los prisioneros.

Fuí sacado a empeilones y me alojaron en un automóvil, donde estaban nuevos individuos, fieles en eso de poner sus energías al servicio de los Somoza.

—¿Por qué no decís que aquí hay democracia?, me interrogó el teniente Jaime Avellán.

—Es infantil e insólita tu pregunta. ¿Cómo puedo decir que aquí hay un régimen democrático, si los asesinatos y atropellos que a diario cometen los Somoza demuestran lo contrario? El hecho mismo de que ustedes me tengan secuestrado demuestra que lo que aquí existe es una tiranía.

—Es que ustedes confunden la democracia con el libertinaje y sólo se dedican a desprestigiar al gobierno.

—Es asunto de opinión...

—Ve, hombre estás demasiado joven y tenéis capacidad, lo que debías hacer, para no tener problemas, es hacerte partidario del gobierno. Nada se gana con ir contra la corriente. Si uno se opone, al final terminan por arrastrarnos, continuó insistiendo Avellán.

—Mejores propuestas he tenido, y me extraña que siendo un militar perteneciente a un ejército que se nombra apolítico, estés violando el reglamento, al sugerirme proposiciones que sólo a mí me pertenecen decidir, le contesté para carta el ya fastidioso diálogo.

Al decirle esas palabras al teniente Avellán, el carro que había sido estacionado en un lugar despoblado que cita al este da la Loma de Tiscapa, fué nuevamente puesto en marcha y no nos cruzamos más palabras. Cada uno se sumergió en la hondura de su conciencia.

A ios pocos minutos estábamos en la casa presidencial y al entrar a la Oficina de Seguridad, que está en el primer piso y a unos pocos pasos de las oficinas privadas de Luis Somoza, me recibió su máximo responsable, el teniente José Silva Reyes. Es un hombre de regular estatura, blanco pálido, esconde los ojos detrás de unos anteojos negros, y simula una aparente calma que la rompe el frecuente fumar. Habla pausado y sonríe de placer viendo de reojo a sus víctimas. Su andar y ademanes denuncian sus instintos perversos y enfermos.

En aquellos momentos tenía frente a mí a uno de los más terribles asesinos de Nicaragua, a un enfermo mental o a un malvado. A quema ropa y con una actitud poco normal, me disparó sus primeras palabras, un poco atropelladas:

—¡Conque vos sos el hablantín de la radio! Vamos a ver si después que salgás de aquí, eso si salís vivo, continúas hablando! Vos debés saber que todo el que viene a mis manos se le acaban los "mates"... Y dirigiéndose a uno de sus especializados compañeros: —aparte de aquí a este h. de p., para que no oiga lo que vamos a hablar.

Aquel jotaso gratuito me obligó a jugarme el todo por el todo, respondiéndole:

En la Antesala

—Teniente, no me confunda, yo no soy su hermano...

En verdad estaba sorteando a una fiera. Silva Reyes, me respondió con golpes y puntapiés, que me obligaron a perder el equilibrio, y caer al suelo. Después ordenó que me apretaran las esposas hasta que me sangraran las manos, haciéndome la advertencia de que no tardaría la operación ..

Tomó el asiento de su escritorio y principió a manipular en un megáfono. A los pocos minutos alguien contestó en el otro extremo:

—Aquí la oficina del señor Presidente. ¿Qué desea?

—Dígale al jefe que lo llama Silva Reyes...

Está dormido.

—Despiértelo. Son órdenes terminantes dadas por él mismo.

—Sí señor.

Luego se escuchó la voz desafinada de Luis Somoza.

—Oye, Silva, ¿salió bien la operación?

—¡Claro que sí, como una palomita cayó en la trampa!

—Si es así, deseo que cumplas mis órdenes al pie de la letra, y te felicito por el éxito. Dentro de unas horas quiero que vengas, para que me enterés del curso de lo encomendado...

—Entendido Jefe.

—"Gud vay", dijo finalmente Luis Somoza, haciendo ostentación de su idioma inglés.

Luego principiaron las preguntas, acompañadas de bofetadas, de puntapiés, diez veinte, cincuenta.... se ha perdido la cuenta.

—Echenle sal en los ojos, ordena Silva Reyes.

Luego me interroga:

—¿Diga cuáles son los planes del general Raudales, ese bandolero sandinista que pretende ensangrentar Nicaragua.

——No sé nada del general Raudales.

—Hipócrita, mentiroso, canalla infame. Vos bien sabes que Raudales vá a entrar a Nicaragua y está encargado de preparar el terreno para llevar a cabo esos tenebrosos planes.

—Digo y sigo afirmando que no sé nada de Raudales.

—Enseñe a este carajito a decir la verdad, le ordena a uno de su ordenanzas para que descargue sobre mis espaldas el terrible "black-jack".

Son tantos los golpes que ya no se sienten. Sólo se escucha su seca música, al ritmo de la cual bailan de alegría los torturadores, y hacen comentarios de mi "poca" resistencia física. De los ojos ardorosos de sal salen abundantes lágrimas y de los labios de los torturadores se precipitan las preguntas sobre los patriotas y revolucionarios nicaragüense. Las palabras se quedan paralizadas en la garganta y se percibe que los miembros van andando, andando, andando hacia la muerte.

Luego los torturadores hacen un receso y las energías se recobran. Los recuerdos acuden deportivamente. Los más amigables hechos de la vida asisten a la tragedia y con todos sus pequeños paisajes nutren ese turismo de nuestras propias vidas. Los recuerdos son los espectadores en el momento en que la vida se va agotando, porque uno se da cuenta que se va reduciendo, que se va apagando, que se nos va fugando del cuerpo, y éste es el momento en que uno es espectador de su misma muerte. La vitalidad misma del organismo parece que pide la muerte. Todo se hace oscuro. Luego uno vuelve a recobrar los conocimientos cuando un balde de agua fria ha sido derramado sobre el cuerpo. Hay inflación de palabras gruesas.

Nuevamente, golpes, puntapiés... y...

—Hablá, hablá, hablá... Decí la verdad, que vale, no seas terco. Desembuchacá el nacatamal. ¿Qué vale? no seas dundo...

Nada, Llueven los golpes. Nuevos desmayos. Se vuelve a la vida casi consciente...

—¡Levántate! Debalde gritas tanto y no aguantas ni una broma, dice Silva Reyes.

—¡Y estos son los héroes de la oposición y se desmayan con un salivazo!, sentencia el teniente Agustín Torres López.

Pero Silva Reyes es un especialista en las torturas, como un médico en garganta y nariz. El sabe cuándo los golpes no le producen dolor a la víctima. Entonces aguza sus conocimientos en la materia.

—Quítele los zapatos, le grita a mister William, y ustedes se encargan de no dejarlo mover, le dice a otros.

De las gavetas de un escritorio aparecen en sus manos unas tenacillas. No sé para qué sirven, pero lo he de averiguar.

Se ensaya otra técnica. Con las tenacillas se principan a arrancar las uñas, y mientras se trabaja las preguntas menudean, y las amenazas de arrancarlas todas si no se "revela el nacatamal" son frecuentes. Entonces sí es espantoso el dolor.

Es imposible describirlo, como es casi imposible medir la capacidad de dolor que es capaz de resistir el ser humano. Se puede sufrir tanto dolor como cuanto existe en el mundo. El dolor se siente en el pantalón, en la camisa, en las paredes que están al frente. Pero adentro, está la alegría de no decir nada, el amor al pueblo, la fe en el destino humano, y los torturadores, la tiranía, son incapaces de torturar los principios. La fe en el pueblo produce los milagros más grandes.

Llega el momento en que uno desea la muerte para estar seguro de que ni una sola palabra involuntaria es capaz de revelar los movimientos para librar al pueblo. Uno la espera pronto, como a una amiga que nació el mismo día y que sellará el final. Es urgente su presencia. Se desea oirla cantar en las venas, en los miembros, ocupando el trono de la vida. Salvándonos del sufrimiento. Se piensa en las bellezas de la muerte madurando en los cartílagos, durmiendo al corazón entre sus manos. Pero la muerte es mala. No llega cuando uno la desea. La muerte no nos trae su alegría, para que se una con esa inmensa alegría de no decir nada a los esbirros, y estar seguros de que la muerte se ha ido alegre con la vida, alegre de no haber entregado nuestra bandera.

Las tenacillas continúan trabajando en manos incansables y expertas. Dos, tres, cinco uñas han sido desalojadas de su espacio vital y diecisiete, treinta y cuatro preguntas no logran nada. La verdad se esconde como un niño en el rincón del alma, y la amenaza, la barbarie, no logran barrerla porque está tan enraízada como la vida misma, y en estos casos también es intrasmitible como la vida misma. Se aferra a la dignidad y al honor y aunque se sollamen al correr la terrible velocidad del sufrimiento, uno triunfa y se siente el placer íntimo del deber cumplido.

Los pies han sido tan sacrificados, no sólo por las tenacillas manejadas por sabias manos, sino que por golpes de otra naturaleza, que ya parecen los de un elefantiásico. La sangre derrochada mancha los ladrillos del piso.

—Póngale los zapatos, ruge Silva Reyes a mister William.

Hay un forcejeo entre mi resistencia a almacenar más dolor y la diversión que les produce a los malvados.

de la MUERTE

—No se puede... contesta cuando ya se siente vencido en sus intentos mister William.

—Digo que se los ponga a como dé lugar, insiste Silva, aún no satisfecho del espectáculo.

Silva Reyes se restriega las manos. Pela los dientes de risa. Hace contorsiones gozosas en su silla, desde la butaca de este teatro privado y en el que no hay necesidad de dramaturgos conocidos en el mundo intelectual, aun cuando los Somoza y sus torturadores son capaces de hacer dramas tan intensos como los de Esquilo o Sófocles. Pero Silva ríe como si se tratara de una comedia de Aristófames o Racine Da pequeños saltitos emocionales que se los produce el impacto de mi sensibilidad y reacciones en el sufrimiento, en tanto el sádico mister William, sabiendo que su jefe ríe, él también ríe en encarnizada lucha con mis pies y los zapatos. Ya cuando el dolor logra el máximo de su desarrollo el cuerpo se autohipnotiza, se pierde la sensibilidad. Entonces los torturadores no se divierten, el espectáculo les resulta demasiado monótono, aburrido, pierde capacidad e intensidad. Es cuando mister William habla:

—Es imposible y esto ya no divierte...

—¿Y por qué no le entran los pies en los zapatos?, interroga inocentemente Silva.

—¡Eso es lo que digo yo! ¿Cómo es posible que estos desgraciados, que con el aire se inflaman, nos quieran arrebatar el poder? Están locos. Eso no lo verán nunca... sentencia Torres López.

César Zeledón, Silva Reyes, mister William y Agustín Torres López, recogen en sus rostros abundantes sonrisas y hacen chistes. Luis Ayala, el sobrino del multimillonario presidente de los Leones y de la Compañía Nacional de Seguros (Adán Palacio), no puede quedarse sin poner su granito de arena, y me descarga una serie de garrotazos que finalmente me dejan tendido. Un dolor inmenso se estaciona en lo interno del lado derecho de la cintura. Un riñón ha sido sacado de su posición normal y ya el levantarse es casi totalmente imposible.

—Te has pasado de la medida, le dice Silva Reyes, y agrega: aunque este Tal por Cual merece eso y más...

Acto continuo y como un remate a lo realizado por su camarada Ayala, Silva toma papel higiénico y comenta:

—Tenéis muy húmedo el paladar, y haciendo ostentación de sus músculos y buena alimentación, me introduce el papel en la boca.

—Saboréalo como si fuera un bisteck.

—¡No...!

—Sí, señor, diga. Aprenda a tratar y obedecer a la gente decente.

Todo se está realizando al pie de la letra, tal como lo pidió por megáfono el presidente Luis "el Bueno" Somoza. Y Silva Reyes y su cortejo ríen, ríen, ríen hasta la carcajada.

Los cirujanos de la tortura descargan su aspereza sobre las mandíbulas, en las costillas, los órganos genitales, agudos palillos debajo de las uñas de las manos, choques eléctricos, Luego desalojan la sala de operaciones y hace su ingreso otro cirujano. En su turno se observa diferente carácter Ofrece cigarrillos. Comenta la falta de humanidad de sus compañeros y termina sugeriendo que "es mejor decir la verdad para evitar que sus compañeros usen procedimientos duros".

—Sé más comprensivo. No permitirás que te sigan maltratando. Declará la verdad. Decímela a mí y te prometo que no continuarán maltratándote..."



Somosa

No logra nada. Se retira, y el sustituto, una nueva cara en la población de torturadores, ensaya inéditos experimentos de tipo psicológico. Tampoco logra nada. Entonces retornan los terribles torturadores...

—Con que así es la cosa. Ya veremos si es verdad que no vas a hablar...

...Golpes en la cara, en la boca... en todas partes... La sangre fluye y corre. Se hace un receso de minutos, y entonces uno se recorre mutuamente las manos, para convencerse de que no han sido mutiladas, luego se inspecciona el cuerpo para descubrir las heridas en el diluvio de dolor y con la lengua se inspecciona las encías para saber cuántos dientes han sido desalojados. Uno escupe y salen filamentos de sangre. Luego viene la tos. Se siente extenuados los pulmones.

—Tirrr..., tirrrr..., tirrrr... suena el teléfono.

—Aló. Escucho... Sí señora... Encantado. Ya se lo voy a llamar... dice uno de los oficiales en el teléfono, y dirigiéndose al teniente Silva Reyes:

—Lo llama su señora esposa.

Apresuradamente va a atender el teléfono:

—Aló... Si mi amor. Dentro de media hora llego... Estoy arreglando unos asuntos de oficina y por eso me he tardado... Sí, sí, tengo hambre... Dentro de media hora... Dámele un besito al niño. Hasta luego..., y cuelga el teléfono. Dirigiéndose a mí agrega:

—No estés creyendo que te vas a quedar riéndote de mí. Nada de eso y le ordena a uno de su ayudantes:

—Teniente Torres: usted se hace cargo de este sujeto y continúa el trabajito. Tomándolo por el hombro lo lleva a un aparte y le da instrucciones y finaliza en voz alta:

—Vengo dentro de dos horas...

Se va feliz. Sonriente. Con la tranquilidad de quien está cumpliendo con su deber, mientras mis ojos ardorosos lo siguen hasta sus últimos pasos que

se pierden al entrar en otras oficinas presidenciales. Va seguramente a su casa, a besar a sus hijos y a departir con su esposa. Tendrá unos momentos de ternura para su hogar y ha dejado a sus espaldas una escena de dolor.

A Torres los interrogatorios le merecen toda su atención. Se complace leyendo las preguntas con claridad y les da todo el sentido que han pretendido introducirles sus jefes "Tachito" y Luis Somoza, cuando se las dictan por un megáfono y un taquígrafo las toma mientras un mecanógrafo las pasa al idioma común. Porque todos ellos trabajan sincronizadamente. Saben su oficio. Desde el presidente Luis Somoza y "Tachito" que comparte el trono, escala abajo, hasta los últimos funcionarios de la tiranía, que recogen a cabalidad el pensamiento de los grandes intelectuales del crimen. Y cuando a Luis Somoza o a "Tachito" se les ha olvidado alguna pregunta, los subalternos usan del megáfono para pedir instrucciones o para demostrar que ellos tienen especial interés en llenar sus funciones a cabalidad.

A Torres y a mister William les llevan la comida y comiendo y torturando demuestran doblemente su animalidad, como en el hecho de obligar a un niño que se ha llevado a presenciar sus crueldades. Creo que el niño, de unos diez años sufre tanto co-

R

mo yo las torturas. Creo que llora. Pero a ellos no les importa, lo que desean es que se degenere y en un futuro no tenga escrúpulos para hacer personalmente lo que ha visto.

—Siéntelo en esa silla y lo amarran bien, para que no se mueva, ordena Torres.

Ellos hacen su trabajo... Intento levantar la cabeza para ver un reloj y averiguar la hora. Imposible. Me faltan fuerzas...

—Traigan los "bolillos", ordena nuevamente Torres.

La silla donde estoy amarrado la hacen correr sobre el piso hacia donde está un aparato cubierto con una tela caki. Descubren el instrumental. Algunos similares he visto en los despachos de los fotógrafos o en la oficinas de fotograbados en "Flecha". Los nombrados "bolillos" me los empotraron para que las pestañas permanecieran abiertas y no haya posibilidad alguna de cerrar los ojos:

—Ahora vas a decir si es verdad que la energía eléctrica de la capital es mala, y quiero oir las calumnias de que el ingeniero Salvo sólo sabe vender refrigeradores y ha llevado la Compañía de Electricidad al fracaso, dice Torres. Y agrega insatisfecho: te voy a probar que gozamos de una potente luz eléctrica...

Los focos me lo acercan a unas 12 pulgadas de la cara. Aprietan un zuich. Se hace una clara y enorme luz, como en la leyenda de los tiempos de la creación. A los segundos es irresistible. Pero las preguntas no logran nada. Luego ya no veo la luz. Un ardor inmenso se ha adueñado de mis ojos. Se van secando las pupilas a toda velocidad y se enrraíza el dolor interna y agudamente. Las raíces del dolor penetran con toda facilidad al cerebro. Doy gritos, alaridos. La vista posiblemente la he perdido. Una voz ordena:

—Quítele los "bolillos" y le pone un espa[illegible]rapo sobre los ojos.

La voz es de Torres que está siguiendo las órdenes de Luis Somoza.

Los focos continúan encendidos.

—Qué conexiones tenéis con los exilados?

—Ninguna.

—¿Qué es lo que te ha mandado a decir el bandolero Raudales?

—No sé nada.

—Deje a ese desgraciado que se le funda la cabeza con el calor. Golpes. No los siento.

—¿Cuáles son los militares que están en el ejército y te pasan información? ¿Cuáles son los puntos que van a atacar?

Nada. Ninguna pregunta recibe la contestación que ellos pretenden.

Los focos que permanecen encendidos logran calentar la cabeza. El cerebro se siente que está hirviendo, como una maza de atole en un caldero. Algo espeso está crepitando adentro de esta caldera de presión. El dolor y los gritos seguramente interrumpen el sueño de los hijos del presidente, y Luis Somoza se comunica por megáfono:

—¿Cómo van las operaciones?

—Este infame es muy terco... No se ha logrado nada.

—Siga, pues, haciendo todo lo que esté a su alcance, ordena Luis, visiblemente enojado.

Han decidido hacer un receso. No se trata de term[illegible]ar con mi vida sin lograr declaraciones que les descubran pistas.

Tengo sed. Pido agua. Parecen acceder. Llega Silva y escucho que ha recibido nuevas instrucciones en las oficinas privadas del presidente Somoza.

El agua llega. Silva se acerca y me derrama unas goticas en la cabeza, luego me introduce una mano en el recipiente que la contiene:

—Está bien fría, me dice. Está deliciosa. Si me contestas las preguntas que te he estado haciendo puedes beber agua, hasta que se te calme la sed.

—No tengo sed. Llévesela.

—¡Con que esas tenemos! Aquí los más hombrecitos déjan los h...

—Quítele la ropa, ordena a mister William.

Estoy en forma edénica, como una estatua derribada por la guerra, sencillamente como un ser humano raído del zócalo de su vitalidad.

—Póngale la "chimichagua".

—Sí señor, contesta mister William a Silva.

Y la "chimichagua" produce sus primeros efectos. Se trata de un cordón eléctrico que se me ata en los órganos genitales y por medio de un zuich se hace intermitentes descargas eléctricas. Uno se mueve como un contorcionista o como un epiléptico. Cada descarga me derriba o me hace ponerme en pie. Se expelen quejidos ahogados. Ellos se divierten, desperdician tantas carcajadas que se tienen que apretar el estómago a dos manos, para no reventarse de placer. Uno está bañado en sudor, la sed es inmensa, tanta que no se puede hablar. Para mojarme la boca uno se pasa la lengua sobre el cuerpo perlado de sudor y sangre. Ellos gozan. Las heridas siguen manando sangre.

Luego me aplican otra clase de "chimichagua". Es un barril lleno de agua en el que hay instalaciones eléctricas. Por medio de una cadena me atan un pie del fondo del recipiente lleno de agua.

—¿Decís que tenéis sed? Podéeis tomar agua de ese barril donde tenéis metido el casco, dice Silva Reyes, mientras Torres tiene las manos sobre un botón.

Cuando uno se inclina para intentar humedecer las manos y con ellas la boca, una tremenda descarga eléctrica recorre el cuerpo. Es indescriptible la sensación que se experimenta. La repiten varias veces. Finalmente vienen los enemas de creolina, el "con summátum, consummátum" de la perversión moral de los torturadores, del refinamiento intelectual de Luis y "Tachito" Somoza que igual que los viejos alquimistas viven inventando fórmulas para encontrar la que produce mayor dolor y sufrimiento a sus víctimas.

A la altura de tanta tortura ya los miembros se van poniendo rígidos, los ojos ya no persiguen los alegres movimientos de los torturadores. Lo único que permanece vivo es la imaginación. La agonía es como una música lejana, dulce, que desmenuza la vida. Entonces se aprovechan los últimos residuos de vida para recorrer los aposentos familiares, los anaqueles de la biblioteca y hojear el libro de poemas más amado, o se pone en la solapa de la imaginación el largo beso de una novia. Se desea morir acompañado de recuerdos,, amigos, de cosas familiares, distantes, pasadas.

La mente se principia a oscurecer y el mismo instinto de conservación hace pasar sobre esta pantalla final algunos episodios tomados de los capítulos más fuerte en la alegría. Se está frente al pasado y del brazo de la agonía. La vida ha sido corta pero apasionante. Las pocas hojas que se han escrito en el tiempo sobre el que se ha patinado, caído o cantado, son fuertes, aún cuando tengo conciencia que gran parte del libro va a quedar en blanco. Me faltaba amar la vida y entregar tanto amor que tenía reservado en el corazón para el corazón del pueblo.

¿Por qué se me arranca el aire, cuando apenas están brotando los pétalos de la juventud, no se me permitirá gozar todo su cariño, de todos los pensamientos, sentimientos y palabras que ella ha ido arreglando sobre el corazón? Apenas el ángel de los sueños tocaba su sonata bajo las frescas ramas, cuando el tirano manchó el espejo de sus esperanzas.

Ya se está llegando al muro de todas las cosas. No hay lugar a dudas que la muerte ha roto su indiferencia y como una gran dama que concede audiencias, se mece aristocráticamente en las hamacadas venas. Desde este punto cero, en que se está muerto y vivo a la vez las cosas amadas se van alejando, en forma caleidoscópica, en una rara inversión, que uno mismo se engaña. Los últimos trozos de la vida se van alejando como minúsculas gaviotas. Las cosas amadas desaparecen de nuestras geografías, de nuestras ciudades hacia países insospechados...

No sé cuántas horas han transcurrido. Siento que alguien intenta moverme con los zapatos... No estaba muerto. Alguien me inyecta. En forma borrosa descubro que tiene un quepis, pero no distingo su cara. Debe ser un militar. Una fuerte corriente de agua helada me abraza la cabeza y sobre el ladrillo resbalo la lengua para acaparar algo que mitigue la abrasadora sed que sufro. Luego uno de ellos se encarga de darme agua e nun bote. ¡Esto es la gloria! El militar que hace la generosidad debe ser guardaespaldas de dios.

Pasa el tiempo. Ya he recobrado bastante mis facultades. ¡Qué resistencia más asombrosa...!

—Quiquiriquí...

Es de noche. Un gallo anuncia el alba. Un hombre con una pala y otros con una barra están a mi lado. Otros portan rifles y ametralladoras.

—Si dec[illegible]ras la verdad [illegible]is conservar la vida. Es la única oportunidad que te queda, dice Silva Reyes.

—Pueden asesinarme. No sé nada...

Hombres musculosos se encargan de arrastrarme por aquellos amplios salones y luego me tiran en un jeep. Ya nada me importa. Lo que vien es saludable y pienso que algún campesino ha de botar, en algún camino, una flor en memoria de quien siempre fue su amigo.

El vehículo camina y varios guardias nacionales, bien armados, me alavan sus ojos desvelados. Disimulan hablando de sus mujeres, de sus niños. Ellos también son víctimas del sistema, de la corrupción del régimen. Ellos han sido corrompidos por 25 años de escuela somocista y toda una historia de corrupción nacional. El vehículo frena a la orilla de unos charrales de la Sierra de Managua. Silva Reyes y su lugarteniente Torres López, van capitaneando estas operaciones de alta estrategia. Son órdenes de Luis Somoza, son los procedimientos del sistema. Es la voluntad de los enemigos del pueblo.

Casi de arrastrada me conducen al monte y me recuestan en un árbol. Yo espero pacientemente la descarga, con placer, pero el instinto de conservación me hace correr sudor helado. Los Guardias apuntan. En la sombra de la noche y al reflejo de la luna y las estrellas los militares parecen ensayos de dibujos hechos por pintores aficionados.

Silva Reyes se acerca:

—¿Aún no deseas hablar?... Te queda poco tiempo...

—Ordene que disparen...

Se va y le ordena a los soldados que me introduzcan más hacia el monte para que no se oiga la descarga en una casa vecina. Ellos continúan arrastradome. La escena se repite dos, tres, cuatro veces y no hay descarga. Un soldado, un triste guardia, viendo tanta zaña, aprovecha un instante y me susurra al oído:

—No lo van a matar. Lo que quieren es que declare.

Esto me hace comprender la tortura psicológica. Finalmente venzo a los torturadores. No logran nada. El vehículo me conduce a una cárcel que no es la Casa Presidencial, y donde he de permanecer alejado del mundo.

A los varios días puedo mantenerme sobre mis pies. Un enfermero de la Guardia Nacional se ha encargado de ponerme algunas inyecciones y darme pastillas para poder dormir y evitar los dolores.

Con dificultad veo hacia la calle, al través de los barrotes de una ventana de la prisión. Pasan niños escolares y unos pies femeninos se mueven libremente. Un automóvil levanta una nube de polvo. Un radio con alto volumen estira sus ondas hasta mi celda. Escucho un corrido nacional:

Si hay una tierra
en todo el continente,
hermosa y valiente,
esa es mi nación...
Ay, Nicaragua, Nicaragua...

Un rayo de sol penetra y me acaricia con saludable ternura y trato de recojer la poesía de unas florecitas moradas que existen en el patio de la prisión. Algún Guardia amante de las flores, posiblemente enamorado, sembro esos arbolitos para llevárselo a su novia. Pasa el capitán comandante del cuartel en donde me tienen recluído, y disimuladamente me introduce un paquete de cigarrillos y unacaja de fósforos, evitando ser visto por sus subalternos que lo pueden denunciar. Pronuncia palabras fuertes y de fingido disgusto, y luego en voz baja me dice que por la noche me traerá unas vitaminas, cigarrillos y repostería, y se despide:

—Yo soy humano. Yo tengo hijos... El futuro es de usted...

La Habana, Mayo de 1959.



LA MUJER ADULTERA

por Albert Camus

Hacía un rato que una mosca flaca revoloteaba en el interior del ómnibus que sin embargo tenía los vidrios levantados. Insólita, iba de aquí para allá sin ruido, con vuelo extenuado. Janine la perdió de vista, luego la vió posarse sobre la mano inmóvil de su marido. Hacía frío. La mosca se estremecía a cada ráfaga de viento arenoso que rechinaba contra los vidrios. A la débil luz de la mañana de invierno, con gran estrépito de hierros y ejes, el coche rodaba, cabeceaba, apenas avanzaba. Janine miró al marido. Machones de pelo grisáceo en una frente estrecha, la nariz ancha, la boca irregular, Marcel tenía el aspecto de un fauno mohino. A cada desnivel del camino Janine sentía que se echaba contra ella. Luego Marcel dejaba caer el pesado vientre entre las piernas separadas, con la mirada fija, de nuevo inerte y ausente. Sólo sus grandes manos sin vello, que parecían aun más cortas a causa de la franela gris que le sobrepasa las mangas de la camisa y le cubría las muñecas, tenían el aire de estar en acción. Apretaban tan fuertemente una valijita de tela que él llevaba entre las rodillas, que no parecían sentir el ir y venir vacilante de la mosca.

De pronto se oyó distintamente el alarido del viento y la bruma mineral que rodeaba el coche se hizo aun más espesa. Como si manos invisibles la arrojaran, la arena granizaba ahora apuñados sobre los vidrios. La mosca sacudió un ala friolenta, encogió las patas y se echó a volar. El ómnibus acortó la marcha y estuvo a punto de detenerse. Después el viento pareció calmarse, la niebla se aclaró un poco y el coche volvió a tomar velocidad. En el paisaje ahogado en el polvo, se abrían agujeros de luz. Dos o tres palmeras escuálidas y blanquecinas, que parecían recortadas en metal, surgieron a través de la ventanilla para desaparecer un instante después.

—¡Qué país! —dijo Marcel.

El ómnibus estaba lleno de árabes que simulaban dormir, envueltos en sus albornoces. Algunos habían recogido los pies sobre el asiento y oscilaban más que los otros con el movimiento del coche. Su silencio, su impasibilidad, terminaron por fastidiar a Janine; tenía la impresión de que hacía días que viajaba con aquellos mudos acompañantes. Sin embargo, el coche había salido al amanecer de la estación terminal del ferrocarril y desde hacía dos horas avanzaba en la fría mañana por una meseta pedregosa, desolada, que por lo menos al partir extendía sus líneas rectas hasta horizontes rojizos. Pero se había levantado un viento que, poco a poco, se había tragado la inmensa extensión. A partir de entonces los pasajeros ya no habían visto nada; uno tras otro se habían callado y habían navegado silenciosos en medio de una especie de noche en vela, enjugándose de vez en cuando los labios y los ojos irritados por la arena que se infiltraba en el coche.

—¡Janine!

El llamamiento de su marido la sobresaltó. Y una vez más pensó qué ridículo era ese hombre para una mujer corpulenta y robusta como ella. Marcel quería saber dónde estaba la valija de las muestras. Con el pie Janine exploró es espacio vacío de debajo del asiento y topó con un objeto que, según ella decidió, era la valija. En verdad, no podía agacharse sin sofocarse un poco. Sin embargo, en el colegio era la primera en gimnasia; la respiración nunca le fallaba. ¿Tanto tiempo había pasado desde entonces? Veinticinco años. Veinticinco años no eran nada, puesto que le parecía que era ayer cuando vacilaba entre la vida libre y el matrimonio, ayer aun cuando pensaba con angustia en los días en que acaso envejecería sola. Pero no estaba sola, aquel estudiante de derecho que nunca quería separarse de ella se encontraba ahora a su lado. Había terminado por aceptarlo, aunque era un poquito bajo y ella no le gustaba mucho aquella risa ávida y breve, ni los ojos negros, demasiado salientes. Pero le gustaba su valentía frente a la vida, condición que compartía con los franceses de este país. También le gustaba su aire desconcertado cuando los hechos o los hombres defraudaban su expectación. Sobre todo le gustaba sentirse amada y él la había colmado de asiduidades. Al hacerle sentir con tanta frecuencia que para él ella existía, la hacía existir realmente. No, no estaba sola...

El ómnibus, haciendo sonar estridentemente la bocina, se abría paso a través de obstáculos invisibles. Sin embargo, en el interior del coche nadie se movía. Janine sintió de pronto que la miraban y volvió la cabeza hacia el asiento que prolongaba el suyo del otro lado del corredor. Aquél no era un árabe y Janine se asombró de no haber reparado en él al salir. Llevaba el uniforme de las unidades francesas del Sahara y un quepis de lienzo sobre la cara curtida de chacal, larga y puntiaguda. La examinaba fijamente, con sus ojos claros y con una especie de insolencia. Janine enrojeció súbitamente y se volvió hacia el marido, que continuaba mirando hacia adelante la bruma y el viento. Se arrebujó en el abrigo, con su chaquetilla ajustada, que parecía hecho de una sustancia seca y friable, una mezcla de arena y huesos. En ese momento vió las manos flacas y la cara quemada de los árabes que estaban delante de ella y advirtió que, a pesar de sus amplias vestimentas, parecían holgados enlos asientos donde su marido y ella apenas cabían. Ajustó contra sí los pliegues del abrigo. Con todo, no era tan gruesa, sino más bien alta y opulenta, carnal y todavía deseable —bien lo advertía por la mirada de los hombres—, con su rostro un tanto infantil y los ojos frescos y claros que contrastaban con aquel cuerpo robusto que era —bien lo sabía ella— tibio y sedante.

No, nada ocurría como lo había imaginado. Cuando Marcel había querido llevarla consigo para ese viaje, ella había protestado. Marcel lo proyectaba desde hacía mucho tiempo, exactamente desde el fin de la guerra, en el momento en que los negocios volvieron a normalizarse. Antes de la guerra, el pequeño comercio de tejidos que había heredado de los padres, cuando renunció a sus estudios de derecho, les permitía vivir con bastante holgura. En la costa los años de juventud pueden ser felices. Pero a él no le gustaban mucho los esfuerzos físicos, de manera que muy pronto había dejado de llevarla a las playas. El pequeño automóvil ya no salía de la ciudad sino para el paseo de los domingos. Marcel prefería pasar el resto del tiempo en su tienda de telas multicolores, a la sombra de las arcadas de ese barrio a medias indígena, a medias europeo. Vivían en tres habitaciones sobre la tienda, adornadas con colgaduras árabes y muebles berberiscos. No habían tenido hijos. Los años habían pasado en la penumbra que ellos conservaban con las celosías semicorridas. El verano, las playas, lo spaseos y hasta el cielo estaban lejos. Nada parecía interesar a Marcel salvo sus negocios. Janine había creído descubrir su verdadera pasión, el dinero; y ella no le gustaba eso, sin saber demasiado por qué. Después de todo, aprovechaba ese dinero. El no era avaro; por el contrario, generoso, sobre todo con ella. "Si me ocurriera algo", decía, "estarías a salvo". Y en efecto, hay que ponerse a salvo de la necesidad. Pero de lo demás, de lo que no es la necesidad más elemental, ¿cómo ponerse a salvo? Y era eso lo que, de tarde en tarde, Janine sentía confusamente. Mientras tanto, ayudaba a Marcel a llevar sus libros comerciales y a veces hasta lo reemplazaba en la tienda. Lo más duro era el verano, cuando el calor mataba hasta la dulce sensación del tedio.

Precisamente en pleno verano había estallado de pronto la guerra; Marcel fue movilizado, luego licenciado, se produjo la depresión de los negocios y las calles se tornaron desiertas y calurosas. Si pasaba algo, ella ya no estaría a salvo. Por eso desde que las telas volvieron al mercado, Marcel tenía el proyecto de recorrer las aldeas de las mesetas altas y del sur, para prescindir de intermediarios y vender directamente a los comerciantes árabes. Había querido llevarla con él. Janine sabía que los medios de transporte eran precarios además, se sofocaba; hubiera preferido esperarlo en casa. Pero Marcel se había obstinado y ella aceptó, porque le habría hecho falta demasiada energía para contrariarle. Allí estaban ahora y, en verdad, nada se parecía a lo que había imaginado. Había temido el calor, los enjambres de moscas, los hoteles sucios colmados de olores anisados. No había pensado en el frío, en el viento cortante, en aquellas mesetas casi polares, donde se acumulaban las morenas. También había soñado con palmeras y suave arena. Ahora veía que el desierto no era eso, sino tan sólo piedras, piedras por todas partes,

tanto en el cielo, donde reinaba aún, chirriante y frío, únicamente el polvo de piedra, como en la tierra, donde sólo crecían, entre las piedras, gramíneas secas.

El ómnibus se detuvo bruscamente. El chofer dijo como para sí algunas palabras en aquella lengua que ella había oído toda la vida sin comprender.

—¿Qué pasa? —preguntó Marcel. El chofer, hablando esta vez en francés, dijo que la arena debía de haber tapado el carburador y Marcel volvió a maldecir una vez más aquel país. El chofer rió mostrando todos los dientes y aseguró que no era nada, que iba a limpiar el carburador y que en seguida continuarían el viaje. Abrió la portezuela, el viento frío penetró e nel coche e inmediatamente les acribilló la cara con mil granos de arena. Los árabes hundieron la nariz en sus albornoces y se recogieron sobre sí mismos.

—¡Cierra la puerta! —aulló Marcel. El chofer, riendo, volvía hacia la portezuela. Con calma sacó algunas herramientas de debajo del tablero; luego, minúsculo en medio de la bruma, tornó a desaparecer hacia adelante, sin cerrar la puerta. Marcel lanzó un suspiro.

—Puedes tener la seguridad de que en su vida vió un motor.

—No te irrites —dijo Janine. De pronto se sobresaltó. En el terraplén, muy cerca del ómnibus, habían surgido formas envueltas en largos ropajes, que permanecían inmóviles. Bajo la capucha de los albornoces y detrás de un cerco de velos, no se les veía más que los ojos. Mudos, llegados no se sabía de dónde, contemplaban a los viajeros.

—Pastores —dijo Marcel.

En el interior del coche el silencio era completo. Todos los pasajeros, con la cabeza gacha, parecían escuchar la voz del viento, desencadenado con toda libertad sobre aquellas mesetas interminables. A Janine le llamó de pronto la atención la ausencia casi total de equipaje. En la estación del ferrocarril, el chofer había subido al techo del vehículo la maleta de ellos y algunos bultos. En el interior del coche, en la red para las valijas, sólo se veían bastones nudosos y canastos chatos. Por lo visto todas aquellas gentes del sur viajaban con las manos vaciasg.

Pero ya volvía el chofer, siempre entusiasta. Unicamente los ojos reían por encima de los velos con que también él se había cubierto el rostro. Anunció que partían. Cerró la puerta, calló el viento y entonces se oyó mejor la lluvia de arena sobre los vidrios. El motor tosió y luego se detuvo. Largamente solicitado por el arranque, comenzó por fin a girar y el chofer lo hizo rugir bombeando con el acelerador. Con un violento hipo, el ómnibus volvió a andar. De la masa andrajosa de pastores, siempre inmóviles, se levantó una mano que luego se desvaneció en medio de la bruma, al quedar atrás. Casi inmediatamente el coche comenzó a saltar en el camino, que había empeorado. Sacudidos, los árabes oscilaban sin cesar. Sin embargo, Janine se sentía invadida por el sueño cuando de pronto, surgió delante de ella una cajita amarilla llena de pastillas. El soldado chacal le sonreía. Janine vaciló, se sirvió y agradeció. El chacal se metió la cajita en el bolsillo y se tragó de golpe la sonrisa. Ahora miraba fijamente al camino, hacia adelante. Janine se volvió hacia Marcel y sólo le vió la sólida nuca. A través de los vidrios estaba contemplando la bruma más densa, que subía desde los terraplenes friables.

Hacía horas que viajaban y el cansancio había ahogado toda la vida en el coche, cuando afuera resonaron gritos. Niños de albornos, que girban sobre sí mismos como trompos, saltaban, se golpeaban las manos y corrían alrededor del ómnibus. Este avanzaba ahora por una calle larga, bordeada de casas bajas; entraba en el oasis. El viento continuaba soplando, pero las paredes detenían las partículas de arena que ya no obscurecían la luz. Así y todo, el cielo permanecía cubierto. En medio de los gritos y un gran estrépito de frenos, el ómnibus se detuvo frente a las arcadas de un hotel de vidrios sucios. Janine bajó y ya en la calle sintió que se tambaleaba. Por encima de las casas divisó un minarete amarillo y grácil. A la izquierda se recortaban ya las primeras palmeras del oasis y Janine hubiera querido llegarse hasta ellas. Pero aunque era ya cerca de mediodía hacía un frío intenso; el viento la hizo estremecerse. Se volvió hacia Marcel, pero vió primero al soldado que avanzaba a su encuentro. Esperó su sonrisa o su saludo; pero él pasó sin mirarla y desapareció. Marcel se ocupaba en hacer bajar del techo del ómnibus la maleta de las telas, una especie de baúl negro. La empresa no sería fácil. El chofer era el único encargado del equipaje y ya había interrumpido su tarea, erguido en el techo, para perorar ante el círculo de albornoces reunidos alrededor del vehículo. Janine, rodeada de rostros que parecían tallados en hueso y cuero, sitiada por gritos guturales, sintió súbitamente todo su cansancio.

—Subo— le dijo a Marcel, que interpelaba con impaciencia al chofer.

Entró en el hotel. El dueño, un francés flaco y taciturno, le salió al encuentro. La llevó al primer piso, la acompañó por una galería que dominaba la calle y la hizo entrar en un cuarto en el que no parecía haber más que una cama de hierro, una silla pintada de blanco, una serie de colgaderos sin cortina, y, detrás de un biombo de cañas, un tocador cuyo lavabo se veía cubierto de una fina capa de polvo de arena. Cuando el hombre hubo cerrado la puerta, Janine sintió el frío que le llegaba desde las paredes peladas y blanqueadas con cal. No sabía dónde dejar su bolso ni dónde ponerse ella misma. Había que acostarse o quedarse de pie, y tiritar en cualquiera de los dos casos. Permaneció de pie, con el bolso en la mano, mirando atentamente una especie de tronera abierta al cielo, cerca del techo. Esperaba, pero no sabía qué. Sólo sentía su soledad y el frío que la penetraba y un peso más grande en la parte del corazón. En verdad estaba sumida en un ensueño, casi sorda a los ruidos que subían de la calle mezclados con estallidos de la voz de Marcel, teniendo en cambio más conciencia de ese rumor de río que le llegaba a través de la tronera y que el viento hacía nacer en las palmeras, tan próximas ahora, según le parecía. Luego el viento redobló su fuerza, el suave murmullo de agua se convirtió en silbido de olas. Detrás de las paredes, Janine soñaba con un mar de palmeras rectas y flexibles rizándose en medio de la tormenta. Nada se parecía a lo que ella había esperado, sólo que esas olas invisibles le refrescaban los ojos fatigados. Se mantenía de pie, abatida, con los brazos caídos, un poco agobiada, mientras el frío le subía a lo largo de las piernas pesadas. Soñaba con las palmeras rectas y flexibles y con la muchacha que había sido.

Después de asearse, bajaron al comedor. En las paredes desnudas habían pintado camellos y palmeras, ahogados en un almíbar rosado y violeta. Las ventanas de arco dejaban entrar una luz parca. Marcel pedía informes al dueño del hotel sobre los comerciantes. Luego un viejo árabe, que mostraba una condecoración en la chaqueta, los sirvió. Marcel estabapreocupado y desmigajaba el pan. Impidió que su mujer bebiera agua.

—No está hervida. Toma vino.

A ella no le gustaba, el vino la aturdía. Además, en el menu había cerdo.

—El Corán lo prohibe. Pero el Corán no sabía queel cerdo bien cocido no produce enfermedades. Nosotros sí que entendemos de cocina. ¿En qué piensas?

Janine no pensaba en nada. O tal vez, en esa victoria de los cocineros sobre los profetas. Pero tenían que darse prisa. Volverían a emprender viaje a la mañana siguiente, irían más al sur todavía: aquella tarde era necesario ver a todos los comerciantes importantes. Marcel urgió al viejo árabe para que les sirviera el café. El asintió con un movimiento de cabeza, sin sonreír, y salió con pasos menudos.

—Lentamente por la mañana; no demasiado rápido por latarde —dijo Marcel riendo. Con todo, el café terminó por llegar. Lo bebieron precipitadamente y salieron a la calle polvorienta y fría. Marcel llamó a un joven árabe para que le ayudar a llevar la maleta, y por principio discutió el precio. Su opinión, que comunicó una vez más a Janine, se fundaba en el obscuro principio de que ellos pedían siempre el doble para que se les diera un cuarto. Janine seguía de mala gana a los dos portadores. Bajo el grueso abrigo se había puesto un vestido de lana. Habría querido ocupar menos lugar. El cerdo, aunque bien cocido, y el poco vino que había tomado, le daban también una sensación de pesadez.

Bordeaba un pequeño jardín público con árboles polvorosos. Los árabes con que se cruzaban se hacían a un lado llevándose hacia adelante los pliegues de los albornoces y no parecían verlos. Aun cuando estaban cubiertos de harapos, Janine advertía en ellos un aire altivo, que no tenían los árabes de su ciudad. Janine iba siguiendo la maleta que le abría camino a través de la multitud. Pasaron por la puerta de una muralla de tierra ocre y llegaron a una placita en la que había plantados los mismos árboles minerales y a cuyo fondo, sobre el costado más amplio, se veían arcadas y negocios; pero se detuvieron en la plaza misma, frente a una pequeña construcción de forma de granada, pintadas de azul con cal. En el interior, en el único cuarto, que recibía luz sólo por la puerta de entrada, un viejo árabe, de bigotes blancos, estaba detrás de una tabla de madera lustrada. Se disponía a servir té y lo hizo levantando y bajando la tetera sobre tres vasitos multicolores. Antes de que pudieran distinguir otra cosa en la penumbra de la tienda, el olor fresco del té con menta recibió a Marcel y a Janine en el umbral. Apenas franquearon la entrada, y las guirnaldas molestas de teteras de estaño, tazas y bandejas, mezcladas con molinetes de tarjetas postales. Marcel se encontró frente al mostrador. Janine se quedó en la entrada. Se apartó un poco para no interceptar la luz. En ese momento divisó detrás del viejo comerciante y en la penumbra a dos árables que los contemplaban sonriendo, sentados sobre las hinchadas bolsas que llenaban por entero el fondo del local. Alfombras rojas, mientras el suelo estaba cubierto de bolsas y cajitas llenas de granos aromáticos. Sobre el mostrador, alrededor de una balanza de platillos relucientes y un viejo metro con las señales borradas, se alineaban panes de azúcar, uno de los cuales, despojado de la envoltura de grueso papel azul, estaba ya cortado en la parte superior. Cuando el viejo comerciante dejó la tetera sobre el mostrador y saludó, percibieron detrás del perfume del té, el olor de lana y de especias que flotaba en el cuarto.

Marcel hablaba precipitadamente, con esa voz baja que empleaba para hablar de negocios. Luego abrió la maleta, mostró las telas, las sedas, e hizo a un lado la balanza y el metro, para exhibir su mercadería ante el viejo comerciante. Se ponía nervioso, levantaba la voz, reía de manera desordenada, parecía una mujer que quiere gustar y que no está segura de sí misma. Después, con las manos ampliamente abiertas, se puso a remedar mímicamente la venta y la compra. El viejo meneó la cabeza. Pasó la bandeja con el té a los dos árabes que estaban detrás y se limitó a decir algunas palabras que parecieron desalentar a Marcel. Este recogió las telas, las guardó en la maleta y se enjugó de la frente un sudor improbable. Llamó al chico que le ayudaba a llevar la maleta y volvieron hacia las arcadas. En la primera tienda, pormás que el comerciante afectó al principio el mismo aire olímpico, tuvieron un poco más de suerte.

—Estos se creen que son el mismo Dios —dijo Marcel—; pero también deben vender. La vida es dura para todos.

Janine lo seguía sin responder. El viento casi había cesado. El cielo iba abriéndose. Una luz fría, brillante, bajaba de los pozos azules cavados en el espesor de las nubes. Ahora ya habían dejado atrás la plaza. Andaban por callejuelas, bordeaban muros de tierra por encima de los cuales pendían rosas podridas de diciembre o, de cuando en cuando, una granada seca y agusanada. En aquel barrio flotaba un perfume de polvo y de café, el humo de fuegos hechos de cortezas, el olor de la piedra y del carnero. Las pequeñas tiendas excavadas en los muros estaban lejos unas de otras. Janine sentía que las piernas le pesaban, pero el marido se iba serenando poco a poco, empezaba a vender, y hasta se hacía más conciliador; llamaba a Janine "pequeña". El viaje no sería inútil.

—Desde luego —decía Janine—. Es mejor entenderse directamente con ellos.

Volvieron al centro por otra calle. Era una hora avanzada de latarde y el cielo ahora casi se había descubierto. Se detuvieron en la plaza. Marcel se frotaba las manos mientras contemplaba con expresión tierna la maleta que estaba delante de ellos.

—Mira —dijo Janine. Desde la otra extremidad de la plaza se acercaba un árabe alto, delgado, vigoroso, cubierto con un albornoz azul cielo, calzado con livianas botas amarillas, las manos enguantadas, y que llevaba levantado su rostro aquilino y moreno. Unicamente el chéche, que usaba a manera de turbante, permitía distinguirlo de aquellos oficiales franceses de Cuestiones Indígenas, que Janine había admirado alguna vez. Avanzaba con paso regular, en dirección a ellos, pero parecía mirar más allá del grupo, mientras se quitaba con lentitud el guante de una de las manos.

—Vaya —dijo Marcel encogiéndose de hombros—. Este por lo menos se cree general.

Sí, allí todos tenían aquel aire altivo, pero éste realmente exageraba. Aun cuando los rodeaba el espacio vacío de la [illegible]za, el hombre avanzaba rectamente hacia la maleta, sin verla, sin verlos. La distancia que los separaba disminuyó rápidamente y el árabe ya llegaba hasta ellos, cuando Marcel aferró de pronto la maleta y la hizo atrás. El otro pasó, aparentemente sin darse cuenta de nada, y al mismo paso se diirgió hacia las murallas. Janine miró a su marido. Marcel mostraba ese aire suyo de desconcierto.

—Ahora se creen que todo les está permitido— dijo. Janine no respondió. Detestaba la estúpida arrogancia de aquel árabe y se sentía súbitamente desdichada. Quería irse, pensaba en su pequeño departamento. La idea de volver al hotel, a aquella habitación fría, la desalentaba. De pronto pensó que el dueño del hotel le había aconsejado que subiera a la terraza del fuerte, desde donde se dominaba el desierto. Propuso a su marido que dejaran la maleta en el hotel. Pero él estaba cansado. Quería dormir un poco antes de comer.

—Te lo ruego —dijo Janine. Marcel la miró, súbitamente atento.

—Desde luego, querida.

Ello lo estaba esperando en la calle frente al hotel. La multitud, vestida de blanco, se hacía cada vez más numerosa. No había allí ni una sola mujer y a Janine le parecía que nunca había visto tantos hombres juntos. Sin embargo, nadie la miraba. Algunos, aparentemente sin verla, volvían con lentitud hacia ella una cara flaca y curtida que, a sus ojos, les hacía a todos semejantes: el rostro del soldado francés del ómnibus, el del árabe de los guantes, rostros a la vez ladinos y orgullosos. Volvían ese rostro hacia la extranjera, no la veían y luego, ligeros y silenciosos, pasaban alrededor de ella cuyos tobillos se iban hinchando. Y su malestar, su necesidad de marcharse aumentaban.



"¿Por qué he venido?". Pero Marcel ya bajaba.

Cuando subieron por la escalera del fuerte eran las cinco de latarde. El viento había cesado del todo. El cielo, completamente limpio, tenía ahora un color azul de vincapervinca. El frío se había hecho más seco, les hacía arder las mejillas. En la mitad de la escalera, un viejo árabe extendido contra la pared, les preguntó si querían que los guiara, pero sin moverse, como si de antemano hubiera estado seguro de que ellos lo rechazarían. La escalera era larga y empinada, a pesar de los muchos rellanos de tierra apisonada. A medida que subían, el espacio se ampliaba, e iban elevándose en medio de una luz cada vez más vasta, fría y seca, en la que cada ruido del oasis les llegaba distinto y puro. El aire iluminado parecía vibrar alrededor de ellos con una vibración cada vez más prolongada a medida que subían, como si su paso hiciera nacer en el cristal de la luz una onda sonora que iba ampliándose. Y en el momento en que llegaron a la terraza, la mirada se les perdió de pronto, más allá del palmeral, en el horizonte inmenso; a Janine le pareció que el cielo entero resonaba en una nota, fragorosa y breve, cuyos ecos colmaron poco a poco el espacio que se extendía por encima de ella y luego callaron súbitamente para dejarlo silencioso frente a la extensión sin límites.

En efecto, de este a oeste, la mirada de Janine podía desplazarse lentamente sin encontrar un solo obstáculo a lo largo de toda una curva perfecta. Abajo, las terrazas azules y blanc[illegible] de la ciudad árabe se encimaban, ensangrentadas por las manchas rojas de los pimientos que

se secaban al sol. No se veía a nadie, pero de los patios interiores subían, con el humo oloroso del café que se tostaba, voces risueñas o ruidos de pasos inexplicables. Poco más lejos, el palmeral, dividido en cuadros desiguales por paredes de arcilla, zumbaba en su parte superior por el efecto de un viento que ya no se sentía en la terraza. Más lejos todavía, y hasta el horizonte, comenzaba, ocre gris, el reino de las piedras, donde no se manifestaba vida alguna. A poca distancia del oasis, cerca del río que, a occidente, bordeaba el palmeral, se divisaban amplias tiendas negras. Alrededor, una manada de dromedarios inmóviles, minúsculos a aquella distancia, formaban en el suelo gris los signos obscuros de una extraña escritura, cuyo sentido había que descifrar. Por encima del desierto, el silencio era vasto como el espacio.

Janine, apoyada con todo el cuerpo en el parapeto, permanecía sin hablar, incapaz de arrancarse al vacío que se abría frente a ella. A su lado, Marcel se movía inquieto. Tenía frío, quería bajar. ¿Qué había que ver allí? Pero ella no podía separar la mirada del horizonte. Allá, más al sur todavía, en aquel punto en que el cielo y la tierra se juntaban en una línea pura, allá, le parecía de pronto que algo la esperara, algo que ella había ignorado hasta ese día y que sin embargo no había dejado de faltarle. En la tarde que caía, la luz se aflojaba suavemente; de cristalina, se hacía líquida. Al mismo tiempo en el corazón de una mujer que sólo había ido allí por azar, un nudo que los años, la costumbre y el tedio habían apretado, se aflojaba lentamente. Janine contemplaba el campamento de los nómadas. Ni



siquiera había visto a los hombres que vivían allí. Nada se movía entre las tiendas negras. Y sin embargo, Janine no podía pensar sino en ellos, en aquéllos de cuya existencia ella apenas estaba enterada hasta ese día. Sin casas, separados del mundo, formaban un puñado de hombres que erraban por el vasto territorio que Janine descubría con la mirada, y que sin embargo no era más que una parte irrisoria de un espacio aún más vasto, cuya fuga vertiginosa no se detenía sino a millares de kilómetros más alsur, en aquellas tierras en que por fin el primer río comienza a fecundar la selva. Desde siempre, sobre la tierra seca, raspada hasta el fondo, de ese país desmesurado, algunos hombres caminaban sin tregua, hombres que no poseían nada, pero que no servían a nadie, señores miserables y libres de un extraño reino. Janine no sabía por qué esa idea la colmaba de una tristeza tan dulce y tan profunda, que la hacía cerrar los ojos. Sabía tan sólo que ese reino le había sido prometido desde siempre y que sin embargo nunca sería el suyo, nunca, sino en este fugitivo instante, quizás, en que ella volvió a abrir los ojos al cielo súbitamente inmóvil y a sus olas de luz coagulada, mientras las voces que subían desde la ciudad árabe callaban bruscamente. Le pareció que el movimiento del mundo acababa de detenerse y que nadie, a partir de ese instante, envejecería ni moriría. En todas partes l avida había quedado en suspenso, salvo en su corazón, donde, en ese mismo instante, algo lloraba de pena y deslumbraba admiración. Propusoposoek nlúspdmenos

Pero la luz se puso en movimiento. El sol, nítido y sin calor, se inclinó hacia el oeste, que enrojeció un poco, mientras al este se formaba una ola gris, pronta a estallar lentamente sobre la inmensa extensión. Un primer perro ladró y su lejano grito subió por el aire, que se había hecho aún más frío. Janine se dió cuenta entonces de que estaba dando diente con diente.

—Vamos a reventar —dijo Marcel—. Eres una tonta. Volvamos.

Pero luego la cogió desmañadamente de la mano. Dócil ahora, ella se apartó del parapeto y lo siguió. El viejo árabe de la escalera, inmóvil, los miró bajar hacia la ciudad. Janine andaba sin ver a nadie, abatida por un inmenso y brusco cansancio, arrastrando el cuerpo, cuyo peso le parecía ahora insoportable. Había salido de su eaxltación de poco antes. Se sentía demasiado alta, demasiado corpulenta, también demasiado blanca para aquel mundo al que había entrado. Un niño, una muchacha, el hombre seco, el chacal furtivo, eran las únicas criaturas que podían hollar silenciosamente esa tierra. ¿Qué haría ella ahora, sino arrastrarse hasta el sueño, hasta la muerte?

Y, en efecto, se arrastró hasta el restaurante, frente a un marido de pronto taciturno o que le hablaba de su cansancio, mientras ella misma luchaba débilmente contra un resfrío cuya fiebre sentía subir de punto. Se arrastró aún hasta la cama, en la que Marcel fue a reunírsele, después de apagar en seguida la luz, sin preguntarle nada. El cuarto estaba helado. Janine sentía cómo el frío le invadía el cuerpo a medida que le subía la fiebre. Respiraba con dificultad, la sangre le corría sin calentarla. Una especie de miedo fue creciendo en ella. Se revolvía. La vieja cama de hierro crujía bajo su peso. No, no quería estar enferma. Marcel ya



dormía y ella también debía dormir. Era necesario. Los ruidos ahogados de la ciudad le llegaban a través de la tronera. Los viejos fonógrafos de los cafés moros enviaban aires gangosos que ella reconocía vagamente y que le llegaban junto con el rumor de una muchedumbre que se movía con lentitud. Tenía que dormir. Pero se puso a contar tiendas negras; por detrás de los párpados pastaban camellos inmóviles; inmensas soledades se arremolinaban en ella. Sí, ¿por qué había venido? Se adormeció preguntándoselo.

Se despertó poco después. Alrededor el silencio era completo. Pero en los límites de la ciudad, perros enronquecidos aullaban en medio de la noche muda. Janine se estremeció. Se volvió otra vez más sobre sí misma, sintió contra el suyo el hombro duro del marido y, de pronto, a medias adormecida, se acurrucó contra Marcel. I ba a la deriva junto al sueño sin hundirse en él; se pegaba a ese hombro con una avidez inconciente, como a su puerto más seguro. Hablaba, pero apenas si se oía ella misma. Sólo sentía el calor de Marcel Desde hacía más de veinte años, todas las noches era así, en su calor, ellos dos siempre, aún enfermos, aún viajando, como ahora... ¿Qué habría hecho, por lo demás, quedándose sola en la casa? ¡No tenía hijos! ¿No era eso lo que le faltaba? No lo sabía. Ella seguía a Marcel. Eso era todo. Contenta de sentir que alguien tenía necesidad de ella. Marcel no le daba otra alegría que la de saberse necesaria. Evidentemente no la amaba. El amor, aun el amor rencoroso, no tiene esa cara enfadada. Pero, ¿cuál es su cara? Ellos se amaban durante la noche, sin verse, a tientas. ¿Es que hay otro amor, que no sea ése de las tinieblas, un amor que grite a la plena luz del día? No lo sabía, pero sabía que Marcel tenía necesidad de ella y que ella tenía necesidad de esa necesidad, que vivía de ella noche y día, sobre todo por a noche, todas las noches en que él no quería estar solo, ni envejecer, ni morir, con ese aire obstinado que asumía y que ella reconocía a veces en otros rostros de hombres, el único común de esos locos que se disfrazan con el aspecto de la razón, hasta que los sobrecoge el delirio que los arroja desesperadamente hacia un cuerpo de mujer, para sepultar en él, sin deseo, lo que la soledad y la noche les muestran de espantoso.

Marcel se movió un poco como para alejarse de ella. No, no la amaba. Sencillamente tenía miedo de lo que no era ella, y ella y él, desde hacía mucho tiempo, deberían haberse separado y dormir solos hasta el fin. Pero, ¿quién puede dormir siempre solo? Algunos hombres lo hacen, quizás porque la vocación o la desdicha los ha separado de los otros y entonces se acuestan todas las noches en el mismo lecho que la muerte. Marcel no podría hacerlo nunca. Sobre todo él, niño débil e inerme, a quien el dolor siempre asustaba, su hijo, precisamente; su hijo, que tenía necesidad de ella y que en ese mismo momento dejó escapar una especie de gemido. Janine se apretó un poco más contra él, le puso la mano sobre el pecho. Y en su interior lo llamó con aquel nombre de amor que antes le daba y que, de cuando en cuando, todavía empleaban entre ellos, pero sin pensar ya en lo que decían.

Janine lo llamó de todo corazón. Ella también, después de todo, tenía necesidad de él, de su fuerza, de sus pequeñas manías. Ella también tenía miedo de morir. "Si superara este miedo, sería feliz...". En seguida la invadió una angustia inexpresable. Se separó de Marcel. No, ella no superaba nada, no era feliz, iba a morir en verdad sin haberse librado de ese miedo. Le dolía el corazón, se sofocaba bajo un peso inmenso que, según descubrió de pronto, arrastraba hacía veinte años, y bajo el cual se debatía ahora con todas sus fuerzas. Quería librarse de ese miedo, aun cuando los otros nunca se libraran de él. Del todo despierta se incorporó en el lecho y aguzó el oído a una llamada que le parecía prevenir de muy cerca. Pero de las extremidades de la noche sólo le llegaron las voces extenuadas e infatigables de los perros del oasis. Se había levantado un viento débil, a través del cual oía Janine correr las aguas ligeras del palmeral. Venía del sur, de allá donde el desierto y la noche se mezclaban ahora bajo el cielo de nuevo fijo, allá donde la vida se detenía, donde ya nadie envejecía ni moría. Luego las aguas del viento callaron y Janine ni siquiera tuvo la seguridad de haber oído algo, salvo un llamado mudo que, después de todo, ella podía, a voluntad, hacer callar u oir, pero cuyo sentido no conocería nunca, si no respondía a él inmediatamente. ¡Inmediatamente, sí, por lo menos eso era seguro! Se levantó con precaución y permaneció inmóvil junto al lecho, atenta a la respiración del marido. Marcel dormía. Un instante después la abandonaba el calor de la cama y era presa de frío. Se vistió lentamente, buscando a tientas las ropas, a la débil luz que, a través de las persianas del frente, enviaban las lámparas de la calle. Con los zapatos en la mano, se llegó hasta la puerta. Esperó aún un rato en la obscuridad; luego abrió suavemente. Rechinó el picaporte y ella se quedó inmóvil. El corazón le latía furiosamente. Aguzó el oído y, tranquilizada por el silencio, hizo girar un poco más la mano. La rotación del pestillo le pareció interminable. Por fin abrió, se deslizó afuera y volvió a cerrar la puerta con las mismas precauciones. Después, con la mejilla pegada a la madera, esperó. Al cabo de un instante, oyó, lejano, la respiración de Marcel. Se volvió, recibió en la cara el aire helado de la noche y corrió por la galería. La puerta del hotel estaba cerrada. Mientras trataba de mover el cerrojo, el sereno del hotel apareció en lo alto de la escalera, con cara desconcertada, y le dijo algo en árabe.

—Ya vuelvo —dijo Janine. Y se lanzó a la noche.

Guirnaldas de estrellas descendían del cielo negro, por encima de las palmeras y las casas. Janine corría a lo largo de la breve avenida, ahora desierta, que conducía al fuerte. El frío, que ya no tenía que luchar contra el sol, había invadido la noche; el aire helado le quemaba los pulmones. Pero ella seguía corriendo, medio ciega, en la obscuridad. En la parte más alta de la avenida, sin embargo, aparecieron luces que luego bajaron hacia ella zigzagueando. Janine se detuvo, oyó un ruido de élitros y, detrás de las luces que crecían, vió por fin enormes albornoces, bajo los cuales centelleaban frágiles ruedas de bicicletas. Los albornoces la rozaron; tres luces rojas surgieron en la obscuridad, detrás de ella, para desaparecer en seguida. Janine continuó su carrera hacia el fuerte. En la mitad de la escalera, la quemadura del aire en los pulmones se hizo tan cortante que Janine quiso detenerse. Un último impulso la empujó a pesar de ella hasta la terraza, contra el parapeto, que ahora le apretaba el vientre. Jadeaba y todo se confundía ante sus ojos. La carrera no la había hecho entrar en calor. Aún temblaban con todo el cuerpo, pero el aire frío que Janine tragaba a secudones prontó comenzó a correr regularmente por ella y un calor tímido, a nacer en medio de los estremecimientos. Por fin los ojos se le abrieron a los espacios de la noche.

Ningún soplo, ningún ruido, como no fuera de vez en cuando la crepitación ahogada de las piedras que el frío reducía a arena, turbaba la soledad y el silencio que rodeaba a Janine. Sin embargo, al cabo de un instante, le pareció que una especie de movimiento pesado de rotación arrastraba el cielo por encima de ella. En lo espeso de la noche seca y fría, millares de estrellas se formaban sin tregua, y sus témpanos resplandecientes, en seguida separados, comenzaban a deslizarse insensiblemente hacia el horizonte. Janine no podía arrancarse de la contemplación de esos fuegos que iban a la deriva. Giraba con ellos, y la misma marcha inmóvil la reunía poco a poco con su ser más profundo, donde ahora combatían el frío y el deseo. Frente a ella las estrellas caían una a una; luego se extinguían entre las piedras del desierto, y cada vez Janine se abría un poco más a la noche. Respiraba, había olvidado el frío, el peso de los seres, la vida demente o helada, la prolongada angustia de vivir y de morir. Después de tantos años en que, huyendo del miedo, había corrido locamente, sin objeto, por fin se detenía. Al mismo tiempo le parecía reencontrar sus raíces; la savia volvía a subirle por el cuerpo, que ya no temblaba. Apretada con todo el vientre contra el parapeto, tensa hacia el cielo en movimiento, Janine sólo esperaba a que su corazón, aún agitado, se calmara y a que el silencio se hiciera en ella. Las últimas estrellas de las constelaciones dejaron caer sus racimos un poco más bajo sobre el horizonte del desierto y se inmovilizaron. Entonces, con una dulzura insoportable, el agua de la noche comenzó a llenar a Janine; cubrió el frío, subió poco a poco desde el centro obscuro de su ser y desbordó en olas ininterrumpidas, hasta su boca llena de gemidos. Un instante después, el cielo entero se extendía sobre ella, echada de espaldas en la tierra fría.

Cuando Janine volvió al hotel, con las mismas precauciones, Marcel no se había aún despertado. Pero gruñó al acostarse ella y pocos segundos después se incorporó bruscamente. Habló y Janine no comprendió lo que decía. Marcel se levantó, encendió la luz, que la abofeteó en pleno rostro, se dirigió tambaleando hacia el lavabo y bebió largamente de la botella de agua mineral que allí había. Iba a deslizarse bajo las sábanas, cuando, con una rodilla apoyada en la cama, se quedó mirándola, sin comprender. Janine lloraba abiertamente, sin poder contener las lágrimas.

—No es nada, querido —decía—. No es nada.

Cinco Dificultades Escribe

por Bertold Brecht





Quien en nuestros días pretenda combatir la mentira y la ignorancia y quiera escribir la verdad, ha de superar, por lo menos, cinco dificultades. Debe tener el coraje de escribir la verdad, aunque en todas partes esta sea sofocada; la sagacidad de reconocerla, aunque en todas partes esta sea desfigurada; el arte de hacerla manejable como un arma; el juicio de escoger aquellos en cuyas manos será más eficaz; la astucia de propagarla entre estos. Tales dificultades son grandes para quienes escriben bajo el fascismo, (1) pero existen también para aquellos que han sido desterrados o han debido huir, y son válidas hasta para aquellos que escriben en los países de la libertad burguesa.

I EL CORAJE DE ESCRIBIR LA VERDAD

Parece cosa obvia que quien escribe escriba la verdad, es decir, que no la sofoque o la calle, o no diga cosas que no son ciertas; que no se pliegue ante los poderosos y no engañe a los débiles. Cierto, es bastante difícil no plegarse ante los poderosos, y es bastante ventajoso engañar a los débiles. Desagradar a los poseedores, significa renunciar a la posesión. Renunciar a ser pagado por el trabajo hecho, puede querer decir renunciar al trabajo y rechazar la fama entre los potentados, significa a menudo rechazar toda fama. Para hacer esto se necesita coraje. Los tiempos en que la opresión es grande son casi siempre tiempos en que se discurre mucho sobre cosas grandes y elevadas. Se necesita coraje, en tales tiempos, para hablar de cosas bajas y mezquinas, como la alimentación y el alojamiento de los trabajadores, mientras alrededor se dice que lo único que cuenta es el espíritu de sacrificio. Cuando se ensalza continuamente a los campesinos, es corajudo hablar de máquinas y de forrajes a buen precio, capaces de facilitar aquel trabajo tan elogiado. Cuando todos los altoparlantes vociferan que es mejor un hombre sin conocimientos ni instrucción, que un hombre instruído, se necesita coraje para preguntar: ¿es mejor para quién? Cuando se habla de razas perfectas e imperfectas, es corajudo preguntarse si no son el hambre y la ignorancia y la guerra las que producen cierta deformidad. Así mismo se necesita coraje para decir la verdad sobre sí mismo, sobre nosotros mismos, los vencidos. Muchos de aquellos que son perseguidos, pierden la facultad de reconocer los propios defectos. La persecución les parece como la más grave de las injusticias; los perseguidores, ya que persiguen, son los malvados; ellos, los perseguidos, son perseguidos por su bondad. Pero esta bondad ha sido golpeada, vencida, esposada: luego era una bondad débil, defectuosa, insostenible, con la cual no se podía contar; ya que no es lícito admitir como propio de la bondad la debilidad, como se admite que la lluvia debe ser mojada. Para decir que los buenos fueron vencidos, no porque eran buenos, sino porque eran débiles, se necesita coraje.

(1) "Cinco Dificultades para quien Escribe la Verdad", escrito en 1934 para ser difundido en la Alemania de Hitler, fué publicado, ilegalmente, en la revista "Unsere Zeit", en París.

La verdad no puede ser escrita sino en lucha contra la mentira y no puede expresarse de modo genérico, elevado, ambiguo. De tal especie, esto es genérica, elevada, ambigua, es exactamente la mentira. Si se dice de alguien que ha dicho la verdad, quiere decir que antes de él agunos, o muchos, o uno solo.

Han dicho algo distinto, una mentira o cosas genéricas; él, en cambio, ha dicho la verdad, esto es algo práctico, concreto, irrefutable, precisamente aquello que se necesitaba.

Poco coraje se necesita en cambio para lamentarse, en general, de la maldad del mundo, del triunfo de la brutalidad y para sacudir la amenaza que flota sobre el espíritu, cuando uno se encuentra en una parte del mundo en que eso aún está permitido. Muchos se comportan entonces como si estuvieran bajo el tiro de los cañones, cuando sólo están bajo el tiro de los binóculos. Van gritando sus vagas reivindicaciones en un mundo amigo de la gente inocua; demandan, genéricamente, la justicia, pero no han hecho nunca nada por tenerla y piden genéricamente la libertad, la de obtener una parte de aquel botín que ya había sido largamente repartido con ellos. Encuentran verdadero sólo lo que les suena bien. Si la verdad tiene que ver con las cifras, con hechos, si es cosa árida, que para ser encontrada requiere pena y estudio, entonces no les corresponde, no tiene nada que los pueda embriagar. Sólo exteriormente se comportan como aquellos que dicen la verdad. El mal que estos sufren es el de no saber la verdad.

II LA SAGACIDAD DE RECONOCER LA VERDAD

Ya que es difícil reconocer la verdad, ya que por doquier ella es sofocada, muchos creen que escribirla o no escribirla es cuestión de carácter; creen que basta el coraje; y olvidan la segunda dificultad, la de encontrar la verdad. En ningún caso se podrá decir que encontrarla sea fácil.

En primer lugar, no es fácil darse cuenta de cuál verdad es la que vale la pena de decirse. Hoy, por ejemplo, ante los ojos del mundo entero, los estados de gran civilización se van sumergiendo, unos tras otro, en la extrema barbarie, y además es sabido por todos que la guerra interna, conducida con los medios más despiadados, puede, de un día a otro, transformarse en otra exterior, reduciendo quizás nuestro continente a un montón de escombros. Esta, sin duda, es una verdad; pero, naturalmente, existen además otras verdades. También es cierto que las sillas sirven para sentarse, y que la lluvia cae de arriba para abajo. Muchos poetas escriben verdades de esta especie, similares a pintores que cubrieran de naturalezas muertas las paredes de un barco que se hunde. Nuestra primera dificultad, para ellos no existe y esto a pesar de tener la conciencia en su lugar. Sin dejarse turbar por los potentados, pero no menos imperturbables para oír los gritos de quienes sufren la violencia, ellos avanzan vendiendo sus imágines. La absurdidad de su comportamiento provoca en ellos mismos un "profundo" pesimismo que venden caro y que sería más justificado en los otros, frente a tales maestros y a

tales ventas. Y, es necesario decirlo, no es tan fácil reconocer que las suyas son verdades del género de aquellas sobre las sillas y la lluvia: ya que, por lo general, suenan bien distinto, como si fuesen verdades que se refirieran a las cosas importantes; y la creación artística consiste, precisamente, en conferir importancia a una cosa.

Sólo con una atenta observación se puede reconocer que ellos no dicen sino que una silla es una silla y que nadie puede hacer nada si la lluvia cae de arriba para abajo.

Esta gente no sabe encontrar la verdad que vale la pena de ser escrita. Otros, al contrario, se ocupan realmente de las tareas que más urgen, no temen a los potentados ni a la pobreza y no obstante todo eso, no encuentran la verdad. Les faltan las nociones más necesarias. Están llenos de viejas supersticiones, de prejuicios famosos, cuya feliz formulación se remonta a las más antiguas edades. Para ellos el mundo es demasiado complicado: no conocen los hechos, no ven las relaciones. Además de la intención son necesarias nociones que son accesibles y métodos que se pueden aprender. Aquellos que en nuestra época escriben informes complicados sobre grandes cambios, deben conocer el materialismo dialéctico, la economía y la historia. Son nociones que se pueden adquirir en los libros, por medio de enseñanza práctica, aun cuando no sea inmediata la aplicación necesaria. Muchas verdades, partes de verdades o situaciones de hecho que llevan a encontrar la verdad, se pueden descubrir más fácilmente. Cuando se busca, es bueno tener un método, pero se puede encontrar aún sin método y hasta sin buscar. En esta forma casual estará, sin embargo, casi excluída la posibilidad de representar la verdad, de tal manera que los hombres, gracias a tal representación, sepan cómo deben obrar. La gente que anota solamente los pequeños hechos, no está en capacidad de hacer manejables las cosas de este mundo. Pero la verdad tiene este fin y no ningún otro. Aquella gente no está a la altura de escribir la verdad.

Cuando uno está listo para escribir la verdad y es capaz de reconocerla, le quedan aún tres dificultades por superar.

Para el que la Verdad





Fotos cortesía de Teatro-Estudio.

III EL ARTE DE HACER LA VERDAD MANEJABLE COMO UN ARMA

La verdad debe ser dicha para sacar de ella determinadas conclusiones sobre el propio comportamiento. Como ejemplo de una verdad de la cual no se pueden sacar conclusiones, o solo conclusiones equivocadas, nos sirve la opinión, largamente difundida, según la cual las condiciones deplorables que reinan en ciertos países provienen de la barbarie. Tales opiniones miran el fascismo como una ola de barbarie, que ha sumergido ciertos países, como una catástrofe natural.

Según esta opinión el facismo es una nueva tercera fuerza, al lado del capitalismo y del socialismo (y por encima de ellos); por lo tanto no sólo el movimiento socialista, sino también el capitalismo, habrían podido continuar existiendo sin el fascismo, etc., Esta es, evidentemente, una afirmación fascista, una capitulación ante el fascismo. El fascismo es una fase histórica, en la cual ha entrado el capitalismo y, por lo mismo, es algo viejo y nuevo a la vez. En los países fascistas el capitalismo no existe sino como fascismo y el fascismo no puede ser combatido sino como capitalismo, como la forma más escueta, más descarada, más opresiva y engañosa del capitalismo.

¿Cómo podría alguien que quisiera combatir el fascismo, decir la verdad sobre él, si no quiere decir nada contra el capitalismo que lo genera? ¿Como podría convertirse en practicable esta verdad?

Aquellos que están contra el fascismo, sin estar contra el capitalismo, que se lamentan de la barbarie que rigina la barbarie, se parecen a los que quieren comer su parte de ternera, pero no quieren que se mate la ternera. Quieren comerse la ternera, pero no quieren ver la sangre. Basta que el carnicero se lave bien las manos ante de llevar la carne. No están en contra de las relaciones de propiedad que causan la barbarie, sino contra la barbarie solamente. Protestan contra la barbarie, y lo hacen en países donde exis ten, precisamente, las mismas relaciones de propiedad, pero en los cuales los carniceros se lavan aún las manos antes de servir la carne.

Las acusaciones explícitas contra ciertas medidas bárbaras pueden ser eficaces por algún tiempo, mientras aquellos que las oyen estén seguros de que en sus países no serán nunca aplicadas medidas similares. Ciertos países están en capacidad de mantener sus relaciones de propiedad con medios menos brutales que otros. La democracia presta aquellos servicios, para los cuales otros necesitan usar de la violencia; garantiza la propiedad de los medios de producción. El monopolio de las fábricas, las minas, la tierra, crea en todas partes condiciones bárbaras; solo que allí son menos visibles. La barbarie se hace evidente tan pronto se hace necesaria la violencia abierta para proteger el monopolio.

Algunos países que no se han visto aún obligados, para salvaguardar estos monopolios, a renunciar también a las garantías formales del estado constitucional y a cosas agradables como el arte, la filosofía y la literatura, escuchan con particular complacencia a los huéspedes que acusan a su propia patria de haber renunciado a tales comodidades, ya que esto puede ser útil en la guerra que preven. Quizás han reconocido la verdad aquellos que, por ejemplo, exigen en voz alta una lucha despiadada contra Alemania, "porque aquella es la verdadera patria del mal de nuestra época, la sucursal del infierno, la morada del anticristo"? Es más bien preciso decir que se trata de gente estulta, impotente y nociva. La conclusión de tales vaniloquios sería, en realidad, la de querer exterminar a Alemania: todo el país, con todos sus hombres, ya que el gas, cuando mata, no puede escoger los culpables.

Las personas superficiales, aquellas que no conocen la verdad, se expresan en forma genérica, elevada e imprecisa. Estúpidamente acusan a "los" alemanes, se lamentan "del" mal, y, en el mejor de los casos, el que los escucha no sabe qué hacer. Decidir, quizás, no ser alemán? ¿Y el infierno desaparecería si fuese bueno? También los discursos sobre la barbarie originada por la barbarie, son de la misma especie. Al oírlos, la barbarie de la barbarie viene, y desaparece con la civilización, que viene de la instrucción. Todo esto es expresado en forma bastante genérica, no en vista de conclusiones que se sacarán de la acción y en el fondo, no se dirige a nadie.

Semejante modo de representar las cosas muestra pocos anillos de la concatenación causal y presenta ciertas fuerzas motrices como fuerzas incontrolables. Tal método de representar las cosas contiene mucha oscuridad, detrás de la cual se encuentran las fuerzas que generan la catástrofe. Un poco de luz, y se verán aparecer hombres en la base de la catástrofe. ¡Ya que vivimos en una época en que el destino del hombre es el hombre!



ıguraciones, esto es, gracias al hecho le que el escritor no debía ya cuidarse de vender sus escritos, se afirmó en el escritor la convicción de que su cliente o comitente, el mediador, ponía a su disposición de todos sus escritos. El pensaba: yo hablo, y quien me quiera escuchar, me escuchará. En realidad. él hablaba, y quien podía comprarlo lo escuchaba; sus palabras no eran oídas por todos, y quien las oía no quería oírlas todas. De esto se ha hablado con insistencia, aunque no suficientemente; quiero solo subrayar que "el escribir para alguien" se cambió en escribir". Pero la verdad no se puede, simplemente, escribir; es indispensable escribirla para alguien que sepa servir de ella. El conocimiento de la verdad es un proceso que escritores y lectores tienen en común. Para decir cosas buenas, es necesario saber escuchar bien y oír cosas buenas. La verdad debe ser dicha con cálculo y oída con cálculo. Y, para nosotros que escribimos, es importante saber a quién se la decimos y quién nos la dice.

La verdad sobre ciertas condiciones deplorables debemos decírsela a los que en esas condiciones sufren más que todos los otros, y de ellos la debemos aprender. No basta con hablarle a aquella gente que ya posee una opinión dada; es necesario también hablarles a aquellos a quienes, dada su situación, tal opinión convendría. Y nuestro auditorio cambia constantemente. También a los verdugos se les puede hablar, cuando ya no se les paga más por colgar o cuando su profesión se vuelve demasiado arriesgada. Los campesinos bávaros estaban contra cualquier tipo de subversión, pero cuando la guerra duró demasiado y sus hijos, al volver a casa, no encontraron puesto en las granjas, entonces comenzaron a ser subversivos. Es importante para quienes escriben el encontrar el tono justo para decir la verdad. Lo que comúnmente se oye está dicho en el tono débil y lamentoso, de gente que no sería capaz de matar una mosca. Quien lo oye, encontrándose en la miseria, se siente más miserable. Así hablan muchos hombres que tal vez no son nuestros enemigos, sino más bien compañeros de lucha. La verdad es combativa: no sólo combate a la mentira, sino a determinadas personas que la propagan.

V LA ASTUCIA DE PROPAGAR LA VERDAD ENTRE MUCHOS

Hay muchos que, orgullosos de tener el coraje de decir la verdad, felices de haberla encontrado, cansados, quizás del fatigante trabajo de darle una forma manejable, impacientes por verla en posesión de aquellos cuyos intereses defienden, no les parece necesario usar una particular astucia para divulgarlo De tal manera todos los esfuerzos de su trabajo se convierten en humo. En todos los tiempos se ha usado la astucia para difundir la verdad, cuando esta era sofocada o desfigurada. Confucio falsificó un viejo y patriótico calendario histórico. Sustituyó, solamente, ciertas palabras. Donde decía: "El soberano de Hun hizo matar al filósofo Wan porque había dicho esto y aquello". Confucio en lugar de "matar" ponía "asesinar". Si decía que el tirano tal, de los tales, había caído víctima de un atentado, él ponía "había sido ajusticiado". Con esto Confucio dió comienzo a una nueva forma de juzgar la historia.

Los que en nuestros días en lugar de "pueblo" dicen "población" y en lugar de "suelo" dicen "propiedad territorial", están evitando de dar crédito a muchas mentiras; porque despojan las palabras de su marchito misticismo. La palabra "pueblo" significa una cierta unidad e indica intereses comunes; debería, por lo tanto ser usada solamente cuando se habla de diversos pueblos, ya que sólo en este caso es imaginable una comunidad de intereses. La población de un territorio dado, tiene intereses diversos, y hasta opuestos y esta es una verdad que suele querer sofocar. También los que dicen "suelo" y hacen perceptible a las narices y a los ojos el campo que describen y hablan de su olor de tierra y de su color, favorecen la mentira de los potentados; porque, en el terreno, no es la fertilidad lo que tiene importancia y menos el amor o el cuidado que el hombre le prodiga. Lo que es verdaderamente importante es el precio del trigo y el precio del trabajo. Los que sacan las utilidades de la tierra no son los mismos que sacan los granos y el olor de tierra que emana de los campos, es ignorado en las Bolsas, que huelen a cosas bastante diferentes. "Propiedad territorial" es, al contrario, el término justo; con él es menos fácil embrollar. En donde reina la opresión, la palabra disciplina debería ser sustituída por la palabra obediencia, ya que la disciplina es posible también sin los potentados, y por lo mismo tiene más nobleza que la obediencia. Mejor que la palabra honor es la expresión dignidad humana; así el hombre solo no puede desaparecer tan fácilmente del campo visual. Ya que es conocida la clase de ralea que suele adelantarse a defender el honor de un pueblo; y con cuanta prodigalidad los saciados dispensan honores a los que los sacian, sufriendo hambre. La astucia de Confucio se puede usar aún hoy. El sustituía los juicios injustificados, sobre ciertos acontecimientos nacionales, por otros justificados. El inglés Thomas Moore, en una utopía, describe un país cuyas condiciones de vida eran justas; era un país bastante diverso del suyo, pero semejante en muchas cosas, menos en las condiciones de vida!

Lenin, amenazado por la policía del Zar, quería describir la opresión y los abusos de la burguesía rusa en la isla de Sachalin. Escribió "Japón" en lugar de "Rusia" y "Corea" en lugar de "Sachalin", y el escrito no fue prohibido, ya que el Japón era enemigo de Rusia. Muchas cosas que en Alemania no se pueden decir sobre Alemania, son lícitas, si se habla en Austria.

Muchas astucias son posibles para eludir la sospechosa vigilancia del estado.

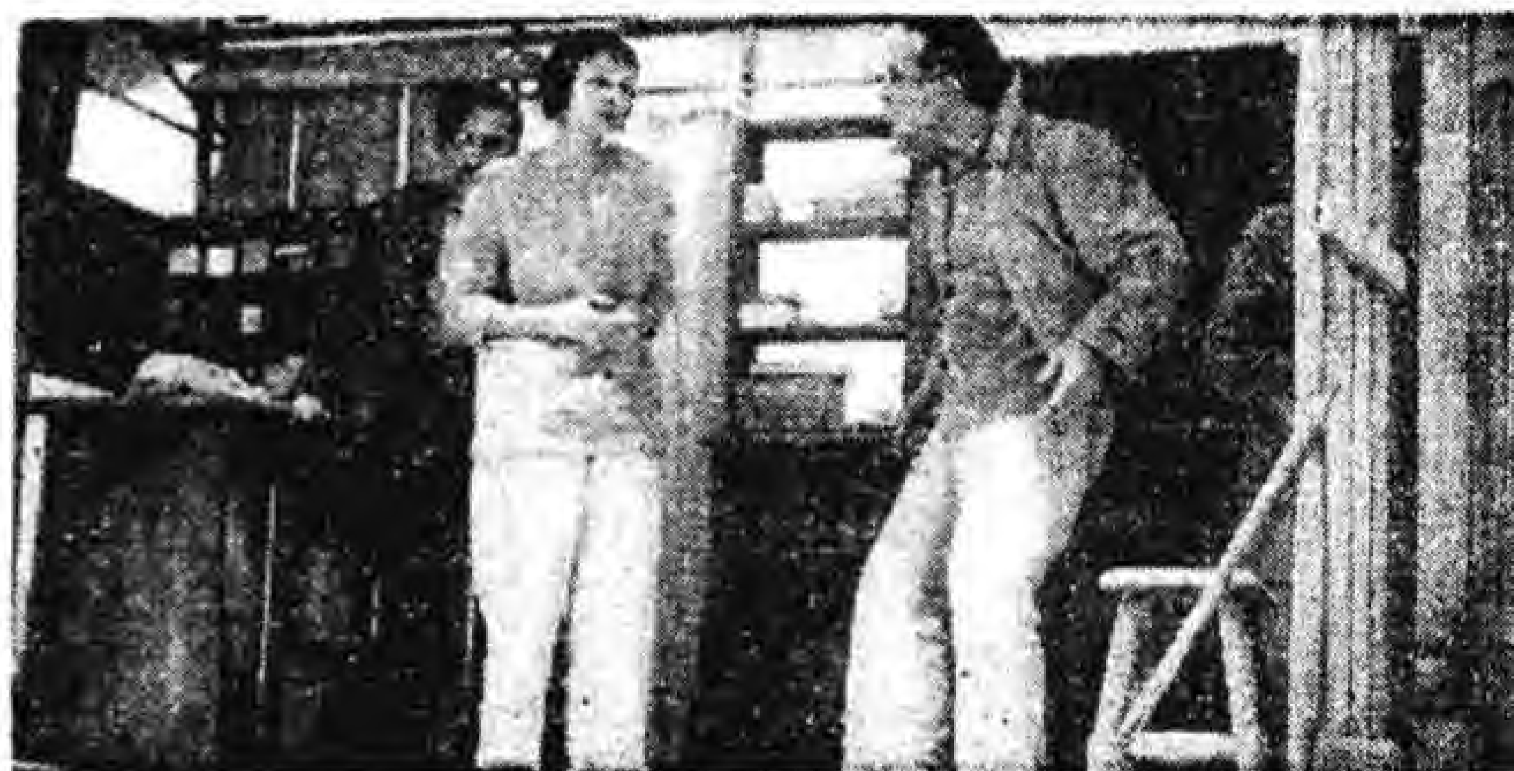
Voltaire combatió la creencia en los milagros de la iglesia, escribiendo un poema galante sobre la Doncella de Orleans, El describió los milagros que sin duda tuvieron que suceder para que en un ejército, en una corte y entre monjes Juana permaneciese virgen.

Con la elegancia de su estilo y describiendo aventuras eróticas, inspiradas en la vida lujosa de los poderosos, él inducía a éstos a abandonar una religión, que les proveía de medios para tal vida disoluta. Además, consiguió la oportunidad de hacer llegar por vías ilegales sus trabajos, a aquellos a quienes estaban destinados, sus lectores pertenecían a las clases dominantes, pero lo divulgaban y toleraban su difusión, traicionando así la policía que protegía sus diversiones. Y el gran poeta Lucreco dice explícitamente que pone gran confianza en la belleza de sus versos, para la difusión del ateísmo epicúreo.

La alta calidad literaria puede, efectivamente, constituir una pantalla para ciertos escritos. Sin embargo, a menudo, despierta también sospechas. Este es el caso que se da, por ejemplo, cuando se sirve de la vilipendiada novela policíaca para introducir, como quien no quiere la cosa, alguna descripción de condiciones deplorables. Descripciones similares justificarían, sin duda; una novela policíaca. El gran Shakespeare redujo el tono literario, por razones bastante menos importantes cuando, conscientemente, imprimió aquella forma débil e ineficaz al discurso con que la madre de Coriolano afronta al hijo que está por atacar la ciudad paterna. Ella quería que Coriolano detuviese la marcha de su plan, no a causa de argumentos válidos o de una profunda emoción, sino por cierta inercia que lo hacía ceder a una vieja costumbre. En Shakespeare encontramos también un ejemplo de verdad astutamente difundida, en el discurso de Antonio junto al cadáver de César. Antonio no se cansa en insistir que el asesino de César, Bruto, es un hombre honorable, pero al mismo tiempo narra su delito, lo describe en una forma más eficaz que en la que describe al reo; el orador se deja vencer por los hechos mismos, dando a ellos una elocuencia mayor que a "sí mismo".

Un poeta egipcio, que vivió hace cuatro mil años, se sirvió de un método similar. Era una época de grandes luchas de clases. La clase entonces dominante se defendía con gran trabajo de su vasto adversario, aquella parte de la población que hasta entonces era dominada. Entonces, en el poema, un sabio se presenta a la corte reinante, exhortando a la lucha contra el enemigo interno. Largamente, insistentemente, describe el





El fascismo no es una catástrofe natural, cuya clave se pueda hallar simplemente en la "naturaleza" del hombre. Pero hasta de las catástrofes naturales se puede hablar en forma digna del hombre, en forma de hacer un llamado a su energía combativa.

Después de un gran terremoto que destruyó a Yokohama, en muchas revistas americanas, se podía ver una extensión de ruinas. Debajo, decía: "steel stood" (el acero quedó en pie) y, en realidad, el que en la primera ojeada había visto sólo las ruinas, por estar más atento a la lectura del texto, notaba algunos edificios muy altos que habían quedado en pié. Entre todas las posibles maneras de hablar de un terremoto, sin comparación, la más importante es la de los ingenieros, ya que calculando los deslizamientos del terreno, la violencia de las sacudidas, el calor desarrollado, etc., se llegará a nuevas construcciones antisísmicas. Quien quiera describir el fascismo y la guerra, las grandes catástrofes que no son catástrofes naturales, debe alcanzar una verdad susceptible de ser traducida prácticamente. Debe demostrar que se trata de catástrofes en contra de la enorme masa de aquellos que trabajan sin medios propios de producción, provocadas por los poseedores de tales medios de producción.

Cuando se quiere escribir eficazmente la verdad sobre ciertas condiciones deplorables, es necesario escribirla de tal manera que se puedan reconocer las causas evitables. Cuando las causas evitables sean reconocidas, las condiciones deplorables se pueden combaitr.

IV EL JUICIO DE ESCOGER AQUELLOS EN CUYAS MANOS LA VERDAD SE HACE EFICAZ

Gracias a la secular rutina que rige el comercio de los escritos, en el mercado de las opiniones y de las

desorden causado por la insurrección de las clases inferiores. Así suena esta descripción

¿No es así? Los nobles llenos de dolor y los humildes llenos de gozo.

Cada ciudad dice: echemos los fuertes de nuestro medio.

¿No es así? Las oficinas públicas están abiertas, y los registros tomados: los esclavos se vuelven patrones.

¿No es así? Ya el hijo de personas notables no se reconoce; el niño de la señora se convierte en el hijo de su esclava.

¿No es así? Los ciudadanos han sido atados a las ruedas de los molinos. Aquellos que nunca veían el día, han salido.

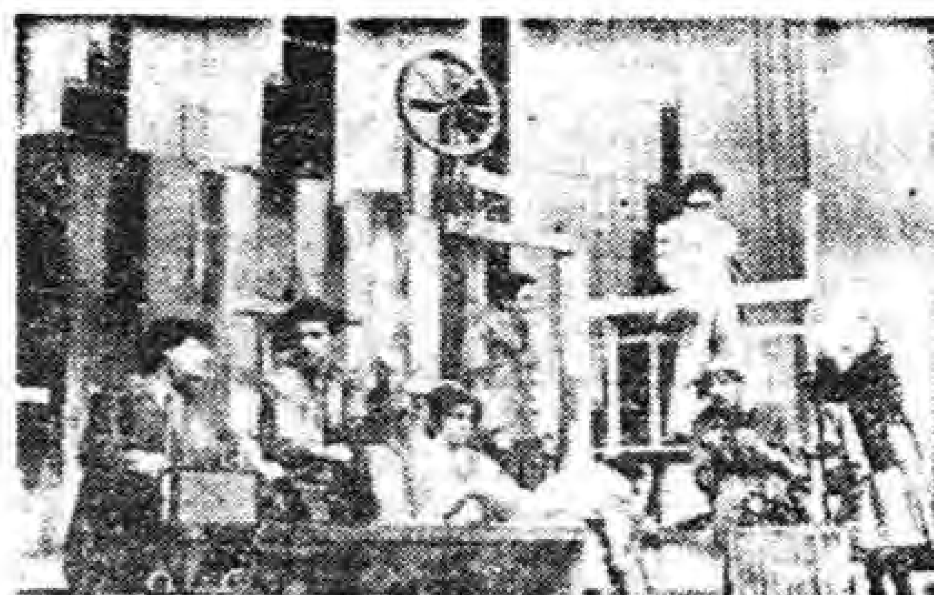
¿No es así? Los cofres de ébano de los sacrificios, son despedazados; con la preciosísima madera de Sesnem se hacen lechos.

Mirad, en una hora la reseidencia se ha sometido.

Mirad, los pobres de la población se han trocado en ricos. Mirad, el que no tenía pan, ahora posee un









granero; las provisiones de su granero son los bienes del otro.

Mirad, cómo hace bien a un hombre comer su comida.

Mirad, el que no tenía trigo, ahora posee graneros; aquellos que le pedían trigo a los pobres, ahora lo distribuyen.

Mirad, el que no tenía un yugo de bueyes, ahora posee una manada; el que no tenía un buey para arar, posee rebaños.

Mirad, el que no podía construírse un cuarto, posee cuatro paredes.

Mirad, los consejeros tratan de refugiarse en los pajares; el que no osaba descansar sobre la muralla, ahora tiene un lecho.

Mirad, aquel que nunca construyó una barca para sí, ahora tiene naves; si el propietario va a verlas, ellas ya no son suyas.

Mirad, aquellos que tenían vestidos, ahora van cubiertos con harapos; el que nunca tejía para sí, ahora tiene lino finísimo.

El rico duerme sediento; el que antes le pedía las gotas de su vasos, ahora posee cerveza fuerte.

Mirad, el que no sabía nada de música, ahora tiene un arpa; aquel que no cantaba, ahora aprecia la música.

Mirad, el que era tan solo, que tenía que dormir sin compañía, ahora encuentra damas; los que se miraban el rostro en el agua, ahora poseen un espejo.

Mirad, aquellos que comandaban los negocios del país, caminan sin encontrar qué hacer. A los grandes no les entregan ya mensajes; el que antes los llevaba, ahora manda a otro...

Mirad, hay cinco hombres, mandados por sus patrones.

Ellos dicen: ahora, caminal vosotros. Nosotros hemos llegado.

Evidentemente, esta descripción nos presenta un desorden que debía parecer muy deseable a los oprimidos. Pero sería difícil inculpar de ello al poeta. Su condena a aquel desorden es explícita, aunque no resiste...

En un folleto Jonathan Swift propuso, para traer el bienestar al



Lunes de R



país, salar a todos los niños de los pobres y venderlos como carne. Hizo cálculos exactos, que demostraban cómo se habrían podido hacer economías, siempre y cuando no se tuvieran escrúpulos.

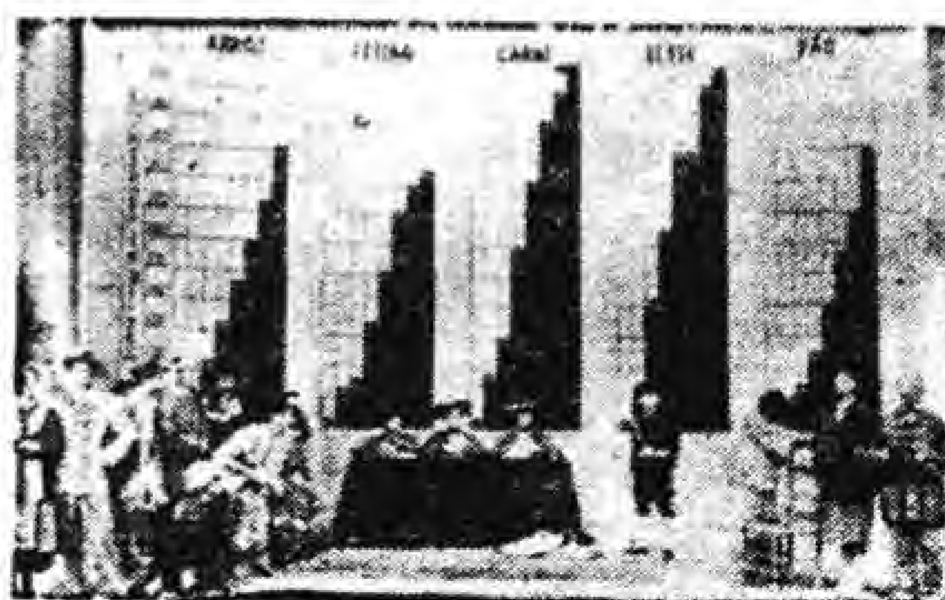
Swift se hacía el tonto. Defendía con mucho celo y precisión cierto modo de pensar que detestaba, aplicándolo a este ejemplo desenmascaraba toda la infamia. Cualquiera podía ser más inteligente que Swift, o al menos más humano, sobre todo aquellos que hasta ahora no habían considerado las consecuencias que resultan de ciertas opiniones.

La propaganda para que la gente razone, en cualquier campo que se haga, siempre sirve a la causa de los oprimidos. Esta propaganda es altamente necesaria. Bajo los gobiernos que prodigan los abusos, razonar se considera cosa vil.

Se juzga vil lo que es útil a los de abajo. Así mismo se considera despreciable la ansiedad continua de comer hasta la saciedad; es condenado el desprecio a los honores que se prometen a los defensores del país, en el cual ellos aguantan hambre; las dudas ante un conductor que conduce a la ruina; la aversión hacia un trabajo que no nutre a quien lo hace: el rebelarse contra la imposición de un comportamiento insensato; el desinterés por la familia, que no necesita interés. Los que tienen hambre, son insultados por su voracidad, los que no tienen nada que defender por su cobardía, los que dudan de su opresor, por las dudas sobre su propia fuerza los que quieren hacerse pagar el trabajo que hacen, por su pereza, etc. Bajo gobiernos similares pensar, en general, es considerado cosa vil y es desacreditado. *No se enseña a pensar* y donde el pensamiento se manifiesta, es perseguido. No obstante siempre hay campos en los cuales se pueden señalar, sin peligro, los buenos efectos de la razón; aquellos campos en los cuales la dictadura tiene necesidad de ella. Se pueden mostrar, por ejemplo, los éxitos de la razón en el campo de la ciencia militar y de la técnica. También para re-







mediar las insuficiencias de la reserva lanar, gracias a la organización y a la invención de sustitutos, la razón es necesaria. El empeoramiento de los alimentos, el adiestramiento de los jóvenes para la guerra, todo esto exige razón: y esto se puede describir. En cambio puede ser astutamente evitado el elogio de la guerra, del impensado fin de tanto esfuerzo cerebral; así el razonamiento que deriva de la pregunta: "¿Cuál es el mejor modo de llevar la guerra?" puede llevar a la pregunta: "¿Tiene un sentido esta guerra? y se puede llegar también a la pregunta "¿Cuál es la mejor manera de evitar una guerra insensata?"

Ciertamente, es prácticamente imposible hacer estas preguntas en público. Es, pues, imposible disfrutar del modo de pensar que se ha propagado, es decir hacerlo eficaz? Al contrario: Es posible.

Para que en una época como la nuestra sea posible la opresión, que permite a una parte de la población (la más pequeña) disfrutar de la otra (la más grande), es indispensable una actitud particular de la población, actitud fundamental que debe extenderse a todos los campos. Un descubrimiento en el campo de la zoología, como el del inglés Darwin puede, de un momento a otro, convertirse en un peligro para los explotadores; no obstante esto, sólo la iglesia se ocupó de ello, mientras que la policía no se había dado cuenta de nada. En estos últimos años los experimentos de los físicos han llevado a ciertas conclusiones en el campo de la lógica, que sin duda representan un peligro para toda una serie de dogmas al servicio de la opresión. Hegel, el filósofo estatal de Prusia, ocupa en difíciles búsquedas en el campo de la lógica, procuró a Marx y a Lenin, los clásicos de la revolución del proletariado, métodos de incalculable valor. Las diversas ciencias se han desarrollado complejamente, pero en forma desigual y el estado es incapaz de vigilar cada cosa. *Los pioneros de la verdad pueden escoger un campo de batalla relativamente inobservado.* Todo depende del hecho que se enseñe de una manera justa de razonar, una forma de razonar que interrogue cada cosa y cada acontecimiento, desde su lado transitorio y mudable. Los poderosos son muy hostiles a los grandes cambios. Quisieran que todo permaneciera así como está posiblemente durante mil años; que la luna se detuviese, que el sol no girase más. Entonces ninguno tendría hambre, ninguno pretendería comer por la tarde. Después de que ellos hubiesen disparado, el enemigo no debería poder disparar, su golpe debería ser el último. Considerar las cosas dándole importancia a su lado transitorio, es un buen sistema para reanimar a los oprimidos. Mostrar que en cada cosa, en cada estado de cosas, surge y crece una contradicción: también este es un hecho que es necesario oponer a los vencedores. Una manera símil de razonar (esto es, la dialéctica, la doctrina del flujo de las cosas) se puede ejercitar en sectores de investigación que, por algún tiempo, se les escapan a los potentados. Se puede aplicar a la biología y a la química. Pero también describiendo el destino de una familia se puede aplicar, sin dejarlo notar mucho. La dependencia de cada cosa de muchas otras, que cambian continuamente, es un pensamiento peligroso para las dictaduras y puede expresarse de muchas maneras, sin dar pretexto a la policía. Una descripción minuciosa de todas las circunstancias, de todos los procesos en que se encuentra implicado un hombre que abre una tabaquería, puede ser un golpe serio para la dictadura. Todos los que piensen un poco, encontrarán por qué. Los gobiernos que conducen las masas humanas a la miseria deben evitar que en la miseria se piense en los gobierno. Entonces hablan mucho del destino. El destino —no los gobiernos— es responsable de la indigencia. Quien trate de descubrir las causas de la indigencia, es arrestado antes que pueda descubrir el gobierno. Todavía es posible oponerse, en general, a los discursos sobre el destino; se puede mostrar que quien hace el destino del hombre es el hombre.

También a esto se puede llegar de diversas maneras. Por ejemplo, se puede relatar la historia de una granja, digamos una granja de campesinos islandeses. Todo el pueblo dice que la granja está maldita. Una campesina se tiró en el pozo, un campesino se colgó. Un buen día hay un matrimonio el hijo del campesino se casa con una muchacha que aporta como dote algunas tierras. Y la maldición desaparece. El pueblo no está de acuerdo al juzgar este feliz acontecimiento. Los unos lo atribuyen al excelente carácter del joven campesino, los otros a las tierras que la joven aportó como dote, y que han permitido a la granja producir. Hasta con una poesía que describe un paisaje se puede hacer algo, si se incorporan a la naturaleza las cosas creadas por el hombre.

Es necesario la astucia, para que la verdad sea difundida.

CONCLUSION

La gran verdad de nuestro siglo (que no basta simplemente reconocer, pero que si no es reconocida impide el encontrar otras verdades importantes) es esta: que nuestro continente se hunde en la barbarie, porque las relaciones de propiedad de los medios de producción, son mantenidas por medio de la violencia. ¿De qué serviría un escrito corajudo, que mostrase la barbarie de las condiciones en que estamos por caer (cosa que es verdad), si no resultan de él las razones por las cuales nos encontramos en tales condiciones? Debemos decir q. los hombres son tortura dos porque no cambian las relaciones de propiedad. Claro, si decimos esto, perdemos muchos amigos, que están en contra de la tortura, porque creen que las relaciones de propiedad se pueden mantener aún sin ella (lo que no es cierto).

Debemos decir la verdad sobre las condiciones bárbaras en nuestro país, y que se puede hacer lo posible para hacerlas desaparecer, o sea, algo que permita cambiar las relaciones de propiedad.

Debemos decirla, sobre todo, a aquellos que sufren más que nadie estas relaciones de propiedad, que tienen el más grande interés en cambiarlas, a los trabajadores y a quienes se pueden convertir en sus aliados, porque efectivamente no poseen medios de producción, aunque están interesados en las ganancias.

Y, en fin, debemos proceder con astucia.

Y estas cinco dificultades las debemos superar todas al mismo tiempo, porque no podemos indagar la verdad sobre la barbarie de ciertas condiciones, sin pensar en aquellos que sufren este estado de cosas; y mientras —combatiendo cada impulso de pusilanimidad— tratamos de descubrir las verdaderas relaciones, mirando a aquellos que están listos a utilizar el conocimiento de ellos, debemos también pensar en ofrecerles la verdad, en forma tal que se convierta en arma en sus manos, y con tanta astucia, que esta consigna no sea descubierta e impedida por el enemigo.

Todo esto se requiere, cuando se le pide al escritor escribir la verdad.

(*Traducción de MITO*)



LA BUENA ALMA DE BERTOLD BRECHT

por Rine R. Leal

Brecht es lo más cercano a un artesano en el teatro, con un método tan personal en su trabajo que habría que pensar en Chaplin para encontrar su más cercana pareja: escribe las obras las dirige, interviene en su musicalización, redacta las canciones, hace planos de luces, dibuja las escenografías, toma cientos de fotografías durante los ensayos para después escoger los mejores motivos visuales y luego discute apasionadamente sus principios con la fiereza de un león que defiende sus cachorros. Es al mismo tiempo el más formidable ideólogo que ha conocido el teatro desde Lessing y sus teorías épicas es la indagación más completa que se haya realizado en los últimos doscientos años sobre el fenómeno de la escena en sus relaciones con la sociedad.

Al mismo tiempo, Brecht es prácticamente desconocido en gran parte del mundo y totalmente en Cuba. El estreno de "La Buena Alma de Setzuan" que anuncia "Teatro Estudio" bajo los auspicios del Instituto Nacional de Cultura, no es sólo un verdadero acontecimiento de cultura teatral, sino al mismo tiempo la promesa formal de que Brecht será comprendido y discutido en el futuro con el conocimiento de un hecho ya familiar. Hay el Brecht poeta, el Brecht dramaturgo, el Brecht teorizante, el Brecht sociólogo, el Brecht humano, cáda aspecto una faceta nueva y sorprendente de un hombre que hace cada aspecto una faceta nueva y sorprendente de un hombre qque hace menos de tres años se paseaba entre nosotros, y era la comidilla diaria desde Moscú hasta Nueva York.

La mayor parte de sus piezas no están traducidas al español, casi nada de sus escritos y menos aun de los estudios que sobre él se han realizado. Pero su personalidad, su "buena alma", es tan poderosa y vital que al acercarse uno al escenario donde se representan sus palabras, se siente la presencia de un gran artista para quien el teatro era algo más que un simple entretenimiento: era el gran crisol del ser humano, su más bella obra. Y a él dedicó sus 58 años terminados bruscamente el 14 de agosto de 1956.

LA VIDA

Brecht es esencialmente un producto de la agitación política y marxista que siguió a la República de Weimar en Alemania. Había nacido en 1898 y como estudiante de medicina sirvió en la primera guerra mundial: la revolución rusa le tomó por sorpresa, pero pronto le tuvo entre sus filas. En 1922 era un poeta descocido en su patria, pero ese mismo año ganó el ansiado Premio Kleist por su pieza antibélica "Tambores en la Noche": la obra narraba la historia de un veterano de guerra que descubre a la vuelta al hogar, que los fabricantes de armas se han enriquecido con la sangre de sus camaradas. Desde ese momento, el teatro sería para Brecht un arma potente en la lucha de clases.

Comenzaría a escribir una serie de piezas de propaganda y enseñanza y en 1928 con "La Opera de los tres centavos" entraría en el campo de la música al convertir el drama en una especie de oratorio al que Kurt Weill aportó su música. Por esa misma época inicia su colaboración con Piscator y es este director, que tantas libertades se tomaba con los textos, quien le enseña el método épico al echar las bases de un teatro revolucionario. Brecht aprendería que para crear un teatro que mostrase la realidad actual, había que destruir toda la estructura dramática sobre la que se asentaba el teatro en Alemania... y el mundo entero. En 1932 adaptó "La Madre" de Gorky con uso de masas corales y cantos colectivos, musicalizados por Hanns Eisler y ya en los años del 30, mientras crecía la marea nazi, Brecht iba colocando su teatro más y más en la protesta so-



cial y política: "Madre Coraje y sus hijos", "La Vida de Eduardo II" (basada en la tragedia de Marlowe) y "Galileo" (una pieza antiheroica) y finalmente, "La Vida privada de la raza superior", especie de sketches, dieciséis en total que narraban el estado de degeneración y pánico en que vivía la Alemania de Hitler.

Ningún acto tiene relación con el otro, más que a través de una especie de canto de batalla de las divisiones Panzer que sirve de hilo de unión, y que en el acto final canta el desastre alemán en las defensas de Stalingrado.

En 1936 se abrían ante Brecht al igual que ante Piscator y todos los artistas de izquierda, las puertas del exilio. Dinamarca le acogió y allí escribió "Cabezas Redondas y Cabezas Picúas" una sátira sobre las teorías nazis de supremacía de la raza aria. De Dinamarca pasó a Finlandia, luego a Rusia y finalmente a los Estados Unidos siguiendo los pasos de su buen amigo Piscator, hasta que tras la victoria regresó a Berlín oriental para hacerse cargo del Teatro del Pueblo, trayendo en sus maletas dos "parábolas" teatrales: "La Buena Alma..." y "El Círculo caucásico de tiza", donde sus teorías se encuentran ya depuradas y perfeccionadas. Dramáticamente hablando, Brecht se convirtió en el principal producto de exportación de la Alemania comunista y su "ensemble" viajó por toda Europa con un mensaje de arte y propaganda, mientras sus obras levantaban polémicas y discusiones en todos los centros teatrales del mundo. En 1956 , Brecht moría en Berlín y su esposa continuaba al frente de la compañía cosechando idénticos triunfos escénicos.

Brecht no fue en ningún momento un militante fiel a las consignas estéticas del Partido comunista alemán. En varios momentos, especialmente en los finales de su carrera, chocó con las directrices oficiales. pero su prestigio ganado con más de treinta años de dedicación y esfuerzos artísticos lo convertían en una especie de juez supremo en el teatro europeo. Pero la distinción es realmente odiosa, porque Brecht representa actualmente la más inteligente indagación marxista en la escena y sus teorías, discutibles o aceptables según la sensibilidad del espectador, es lo más moderno y superador del teatro del siglo XX, desde Pirandello a la fecha. No se encuentra en su obra el personaje individual con sus conflictos metafísicos, sino la presencia social y política en sus relaciones con el individuo: Brecht que es lo más cercano al intelectual en función del teatro, fue creando con el tiempo una formidable teoría estética de actuación, técnica, musicalización y escenografía.

EL REALISMO EPICO

Poco a poco, Brecht fue echando las bases de su estilo que es la respuesta teatral a los excesos del espectáculo barroco de la escena alemana, principalmente de ese genio sin límites que es Reinhardt. Comienza Brecht por expulsar de su texto los principios de la "ilusión" dramática que pretenden convertir el teatro en una prolongación de la vida misma y llevar a los espectadores a un clímax, una "escena obligatoria" como la llamaba Sarçey, donde todo el nudo de la acción se desata en medio de las lágrimas de los espectadores, en un instante catártico. Para ello se vuelve contra Ibsen que es la culminación del estilo "dramático", con la curva del interés analizada por Gustav Freytag y establece el estilo "épico".

¿Qué se entiende por épico? Los que han estudiado la preceptiva literaria, recuerdan la precisión con que nuestros profesores dividían los estilos en tres fuentes esenciales: épico, lírico y dramático, con sus expresiones exactas en la narración, la poesía y el teatro. Brecht trae el primero de estos elementos a la escena y crea un teatro que es esencialmente narración, crónica, historia desarrollada a través de una línea horizontal, no curva como en el teatro "dramático", aunque tales términos parezcan incluyentes. Lo que desea Brecht es eliminar la "ilusión" y el suspenso de la escena, la emoción que se diluye en lágrimas, el sentimentalismo y la falsa poesía. Por eso en sus obras lo que prima es una narración colectiva, una iluminación de la acción desde distintos puntos de vista, un mirar el mundo en toda su vasta riqueza social, en toda su amplia simultaneidad: su estilo épico no dramatiza al modo que el teatro occidental lo concibe desde Aristóteles y su "Poética", es decir un argumento que busca un punto de crisis donde surge la catarsis y el alma se purga, sino por el contrario, "narra" épicamente los hechos y no busca el punto catártico, sino que lo sustituye por la enseñanza. En su teatro no hay empatía, no hay identificación entre el espectador y el actor, no hay traslado de la emoción del actor al público, no hay prolongación de la escena como un símbolo de la vida misma: en su épica, Brecht describe la vida como una sucesión de hechos que no intentan emocionar con una mentira o una ilusión teatral, sino por el contrario, destilar una enseñanza social de su argumento. De ahí que su teatro sea frío, intelectual, alejado en ocasiones, en otras extraño a nuestra sensibilidad pues utiliza escenarios chinos, como en "La Buena Alma de Setzuan" y el "Círculo caucásico de tiza". El estilo épico de Brecht se siente tan incómodo en la estructura tradicional del drama occidental, que necesita abiertamente romper con él y refugiarse en el escenario asiático.

Lo de realismo ya no es tan difícil de comprender, pero no hay que confundir el realismo épico con las formas ya usuales de expresión de la realidad, Brecht se coloca en el medio del simbolismo y el naturalismo, rechaza ambas formas por falsear la verdadera realidad y pretende que su escenario no contenga los sustitutos de la realidad como en el simbolismo ni que sea una reproducción literal de la vida, con sus muchos objetos inútiles, como en el naturalismo. Su realismo por lo tanto, es selectivo, escoge sólo los principales elementos de la realidad para lograr una reproducción esencial y no desdeña la belleza del decorado. Pero tampoco quiere lograr una "ilusión" visual, no pretende que el público crea que está frente a un interior exacto donde va a presenciar una "tajada de vida", sino que la idea de que presencia una obra de teatro, es decir, algo deliberadamente falso de donde va a extraer por medio del razonamiento una enseñanza social, no se aparte de su mente. La misma separación (alienación y ésta es una palabra clave para entender la estética de Brecht) que preside el texto debe concebir la escenografía y las luces. La música termina por eliminar los efectos de la emoción y Brecht que era un extraordinario poeta y conocía mucho de música, ha compuesto bellas canciones que no son más que detenciones de la acción dramática, especie de enfriadores de la emoción, explicaciones del texto y los objetivos de los actores, nunca sugestión o ilusión teatral. Si en el texto Ibsen era su enemigo, y en la actuación Stanislavsky, en la música Ricardo Wagner representa todo lo que Brecht quiso expulsar de la escena alemana; la ampulosidad y la falsa, grandiosa emoción del romántico compositor conducían inexorablemente a una "ilusión" dramática, a un barroquismo en la expresión. Y contra esas cosas se creó el "realismo épico".

LA ACTUACION ANTISTANISLAVSKY

Hay un ejemplo del propio Brecht que describe expresamente la técnica de actuación que el actor épico debe seguir a fin de no identificarse con su papel y que Bentley recoge a su vez, explicándolo: "Es la escena del "Círculo caucásico de tiza" en la que Grusha siente la tentación de la bondad, la tentación de recoger y salvar al niño abandonado. Grusha actúa la escena entera en pantomima mientras el cantante relata lo que ella está haciendo, en tercera persona y en verbos en tiempo pasado. Allí el cantante está haciendo por Grusha exactamente lo que Brecht en su ensayo "Una nueva técnica de actuación" sugiere que debe hacerse para ayudar al actor a liberarse por sí mismo de la conducta Stanislavsky. Si un actor escucha su rol narrado en tercera persona y sus acciones relatadas en un tiempo pasado, él se separa del rol y los hechos, y los ejecuta no como una expresión propia, sino como historia. Cuando Brecht usa esta técnica o procedimiento en el "Círculo caucásico" está "alienando" el rol de Grusha y sus acciones, de modo que el espectador no se pierde en la compasión. Usa la tercera persona, el tiempo pasado, el arte de la pantomima y un lenguaje refinado como efectos masivos de "alienación" o "separación". Hasta aquí Bentley. Pero inmediatamente el lector tiene, al igual que le sucedió a este crítico, que pensar en los "No" japoneses y en el juego escénico oriental, donde la actuación es relatada por un narrador, mientras el actor hace una mímica que excluye el diálogo y la "ilusión" de que la escena es una prolongación misma de la vida.

En su "Pequeño Organon para el Teatro" Brecht sumariza sus ideas sobre la actuación épica, que son al mismo tiempo el más completo ataque que se ha hecho al sistema Stanislavsky con su identificación personaje-actor y su técnica de la cuarta pared, todo ello heredado del naturalismo; dice Brecht: "El estilo teatral susceptible de crear tales representaciones fue ensayado entre las dos guerras, en Berlín. Está basado en el "efecto de distanciamiento" o Werfremdungseffekt. La representación "distanciada" permite reconocer perfectamente lo representado, pero lo hace aparecer ajeno, extraño. El teatro antiguo y el medieval "distanciaban" sus personajes, gracias a las máscaras humanas o de animales. El teatro asiático utiliza aún hoy efectos de Werfremdung por medio de la música y la pantomima. Estos efectos evitan, sin duda, la identificación del espectador con su personaje, pero reposan sobre una base de sugestión hipnótica; sus fines sociales difieren totalmente de los nuestros. Para producir los "efectos", el actor debe olvidar todo lo aprendido para provocar la identificación del espectador con su personaje. Como su propósito ya no es el de hacer caer a su público en trance, no hace falta que él mismo caiga en trance... si ha de representar a un loco, el actor deberá cuidarse de ser él mismo un loco; pero ¿cómo el espectador reconocerá lo que enloquece a ese loco? Que el actor no se deje llevar a la identificación total de su personaje. "El no representa Lear, él es Lear": tal crítica será para un actor la peor de las herejías. Su tarea consiste en mostrar el personaje, no en esforzarse solamente en vivirlo. Esto no significa que él deba representar en frío los personajes apasionados, pero sus propios sentimientos no deben confundirse con los del personaje que él representa".

Al destruir el principio de la catarsis, de la identificación, de la cuar-

la pared, del clímax y el suspenso, de **la curva del interés** progresivo, **de la ilusión** teatral, de los elementos **dinámicos de** la dramaturgia occidental, de la empatía, Brecht está **arremetiendo** contra todo lo que es sagrado **para** el teatro nuestro: desde **Stanislavsky** a Appia, Gordon Craig, Aristóteles, Ibsen, Freytag, y Antoine. Pero lejos de arredrarse ante tamaña **hazaña,** Brecht ha declarado **graciosamente:** "Yo soy el Einstein **del nuevo teatro**", como si su teoría **épica fuese una** especie de ley de re**latividad o** del campo unificado. Tal **tipo de** teatro necesita nuevos espectadores o para decirlo de manera más concluyente, una nueva sociedad. A un diseñador tan hábil como Mordecai Gorelik declaró en Santa Mónica, California, durante su estancia en los Estados Unidos: "El público de la clase media contemporánea viene al teatro en parejas, para ser excitado sexualmente. Este público primitivo debe ser acondicionado".

Como buen partidario de la obra de enseñanza, es decir, de la función didáctica del teatro, Brecht ha creado los "Lehrstücke" o piezas de enseñanza que conllevan un mensaje social: el "Expediente", especie de



Fotos de Ensayo en Cuba.



oratorio de 1929 es uno de sus mejores ejemplos. Pero para que este modelo de dramaturgia triunfe es necesario que el espectador no diluya su emoción o su intelecto en un clímax catártico, en una purga que lo deje vacío. Es preciso como anota André Gisselbrecht, "que el público reunido pueda tomar posición respecto de los hechos representados y de su representación misma". Para ello hay que destruir la identificación que diluye la **e m o c i ó n** *tras la catarsis. Psicológicamente, la idea es la de que el espectador no sienta empáticamente, sino que la carga emocional se transforme en una lección social, en una tensión que lo lleve a la lucha de clases. Si el villano tiene su merecido en escena y la emoción se descarga en la catarsis, el teatro es simplemente un medio de entretenimiento, no una manera de ofrecer un mensaje social. "Un zoólogo no se identifica con una langosta; a lo más la describe. Nosotros, los hombres de teatro, no podemos hacer simplemente como si viviéramos todavía en una era precientífica. Es vergonzoso y además irresponsable y peligroso, exigir del espectador que deje su razón en el vestuario", diría Brecht en su "Nueva técnica de actuación".*

SUS CUATRO ETAPAS

Contra tales dificultades, no es de extrañar que la dramática de Brecht haya tropezado con serias objeciones y que prácticamente no exista como método definido en ninguna escuela de teatro. Los teóricos del teatro han opinado que las técnicas de Brecht y sus obras en ocasiones no marchan al mismo ritmo y que a ratos el Brecht poeta traiciona al Brecht teorizante, como lo puede observar cualquiera que presencie las representaciones de "La Buena Alma de Setzuan". Porque por encima de todo, Bertold Brecht ha sido un extraordinario poeta que ha fijado su lúcida atención en el teatro con la pasión de un artesano de los tiempos de Brueghel.

Bentley a quien hay que recurrir cada vez que se intenta estudiar seriamente a Brecht, señala la existencia de cuatro períodos definidos dentro de su desarrollo dramático. La primera etapa está dentro de la escuela expresionista de Wedekind y Strindberg y sólo una de las cuatro obras que escribió en los años 20 es esencialmente épica: "La Opera de los tres centavos" estrenada en Berlín en un cabaret elegante y basada en "La Opera del Pordiosero" de John Gay, de 1728. La segunda época cubre los años del 30 y lo presenta con la dignidad y la seriedad de un militante político, aunque el político en Brecht haya sido siempre un accidente más que una verdadera naturaleza: "Santa Juana en los mataderos", es su culminación, una sátira marxista sobre una moderna Juana de Arco que lucha contra los burgueses, los gangsters y los opresores sociales en las carnicerías de Chicago. La tercera época cubre los primeros años del exilio y son los de crítica a la ideología nazi, que lo obligó a salir de su país ante la triple amenaza de muerte por comunista, judío y artista libre. "Cabezas Redondas...", "Arturo Ui", "Madre Coraje" y "Grandezas y Miserias del III Reich", jalonan esta etapa, la más rica en su producción dramática. La época final que va desde la victoria hasta su muerte, es decir, unos once años, culmina en "La Buena Alma..." y "El Círculo caucásico..." y ahora Brecht tras depurar perfectamente sus teorías las expone en forma de parábolas chinas, para ilustrar perfectamente distanciados sus puntos de vista, que en definitiva son los mismos que cuando comenzó su carrera teatral: nada puede hacerse por el individuo sin que antes no cambiemos la sociedad que es la gran culpable. La bondad de Shen-Te no puede funcionar en un medio social corrompido y hay que recurrir al "primo" Shui-Ta para solucionar todos los problemas por medio de opresiones, estafas y la fuerza policial. Brecht rechaza la bondad cristiana y la sustituye por la razón marxista: la solución individualista queda supeditada al arreglo de la sociedad.

¿A dónde iran a parar las teorías épicas? Para comprenderlas a cabalidad hay que situarse en la Alemania de Weimar y su teatro sentimental y alambicado, falso y escapista, contra lo que Brecht reaccionó con la efectividad de un elefante en una cristalería. Pero a fuerza de destruir llegó demasiado lejos y muchas de sus técnicas no son más que un mero ejercicio teórico que luego sus propias piezas se encargan de superar: su teatro no carece de emoción, de suspenso, de clímax, de ilusión. El "realismo épico" ha servido para liquidar todos los presupuestos del drama de la clase media y forman el dorado proyecto de un gran teatro del futuro que quizás le deba todo lo que se adeuda a los profetas: la trompeta de Gabriel o la piedra de San Pedro sobre la que se levantan Catedrales coronadas por campanas abiertas a todos los oídos.

Yo Bertold Brecht vine de la Selva
(Negra
mi madre llevóme a la ciudad,
mientras yo descanzaba en su vientre
y aún el frío de los bosques continúa
y permanecerá en mí hasta el día de
(mi muerte.
Yo, Bertold Brecht, extraviado en
(ciudades,
traído desde los bosques, dentro de
(mi madre, hace mucho...

Poemas de Bertold Brecht

PARABOLA DEL BUDA DE LA CASA QUE ARDE

Gautama el Buda, enseñaba
el precepto de la rueda de la avidez, a la cual estamos sujetos,
y aconsejaba
abrogar todo deseo
y sin deseos entrar así en la nada, que él llamaba Nirvana.
Ahora bien, un día sus discípulos preguntaron :
"¿Cómo es esa Nada, Maestro? Quisiéramos
renunciar a todo deseo, como tú recomiendas, mas dinos,
esa Nada, en la cual entonces entramos,
¿está en armonía con lo que existe,
cuando uno está metido en el agua, con el cuerpo ligero, a las
doce, como privado de pensamiento, holgazaneando en
la cresta de la onda o hasta en las puertas del sueño,
cuando apenas nos apercibimos si la frazada está ribeteada,
puesto que rápidamente se desdibuja,
es semejante Nada, dulce y feliz, o bien tu Nada
es tan sólo una Nada fría, vacía y sin significación?".
Buda se mantuvo silencioso largo rato, y después dijo
negligentemente:
"No hay respuesta a vuestra pregunta."
Pero por la noche, cuando ellos se fueron,
siempre sentado bajo el árbol del pan, Buda contó a los otros,
a aquellos que nada habían preguntado, la siguiente parábola:
"No hace mucho vi una casa. Se quemaba. Del techo salían
las llamas. Y me acerqué y comprobé que todavía había
gente en el interior. Me paré en el umbral y grité
que el techo ardía y los conminé
a huir sin demora. Pero esa gente
no parecían apuradas. Y uno de ellos me pidió,
mientras el calor chamuscaba ya sus cejas,
qué tiempo hacía afuera, si al menos no llovía,
y si el viento no soplaba, y si había otra casa
y acaso hasta algunas semejantes. Y yo no le contesté
y me fui. Y pensé:
Esos deberán consumirse antes que no dejen de hacer preguntas.
En verdad, amigos míos,
Aquél para quien el piso no está todavía bien caliente, y
que no prefiere cambiarlo por cualquier otro para permanecer
allí, a ése nada tengo que decir. "Así hablaba Gautama, el Buda.
Pero también nosotros, a quien ya no nos preocupa el arte
de resignarse,
sino el de gozar, y cada precepto
de un arte profano, nosotros que, compadeciéndonos, invitamos
a los hombres a deshacerse de su verdugo humano,
a aquellos que bajo las escuadrillas de bombarderos sobrevolando
la capital.
a ésos que eternamente piden,
cómo nos habíamos representado eso, y cómo lo imagináramos
y lo que saldrá de su cuenta de ahorros y de sus pantalones
domingueros después de una revolución,
a ésos tampoco, tenemos gran cosa que decir.

Bertold Brecht

TRADUCCION DE: VIRGILIO PIÑERA

LOS TEJEDORES DE ALFOMBRAS DE KUJAN-BULAK RINDEN HONORES A LENIN.

I

Profusamente y en numerosas ocasiones se ha conmemorado al
camarada Lenin. Bustos y estatuas se cuentan por millares.
Muchas ciudades han recibido su nombre y también muchos niños.
En toda clase de lenguas se han pronunciado discursos,
asambleas y manifestaciones han tenido lugar
para conmemorar a Lenin,
desde Shangai a Chicago.
Pero he aquí cómo los tejedores de una pequeña localidad del
Turquestán meridional,
los tejedores de alfombras de Kujan-Bulak,
rindieron honores a Lenin:

Allá cada noche veinte febriles tejedores
abandonan su miserable trabajo.
La fiebre ondulas la estación del ferrocarril
está llena del zumbido de los mosquitos, espesa nube
que se levanta del pantano que está detrás del cementerio viejo de
camellos.
Pero el ferrocarril, que
cada dos semanas trae agua y humo,
un buen día trae también la noticia
de que ha llegado el momento
de rendir honores al camarada Lenin.
Entonces la gente de Kujan-Bulak,
los tejedores de alfombras, pobres gentes,
deciden erigir ellos también
un busto de yeso al camarada Lenin.
Y reúnen el dinero,
pero todos ellos están minados por la fiebre,
y con manos temblorosas
cuentan las kopecas tan duramente ganadas.
Y Stepa Gamalew, del Ejército Rojo,
que cuenta con minuciosidad, que ve lejos,
piensa en la conmemoración de Lenin, y se alegra,
pero ve también las manos temblorosas.
Entonces propone súbitamente
comprar petróleo con el dinero del busto
y que todos vayan a derramarlo sobre el pantano detrás del cementerio
de camellos,
sobre el pantano de donde salen los mosquitos, que
engendran la fiebre.
Y así, para vencer a la fiebre en Kujan-Bulak,
y honrar la memoria del difunto,
para no olvidar al camarada Lenin,
tomaron esta decisión. Y cuando llegó el día de la conmemoración,
uno detrás del otro,
transportaron su cubo abollado y lleno de petróleo negro,
y se fueron a regar el pantano.
Honraban a Lenin, y al mismo tiempo, eran útiles a sí mismos,
Lo honraban y comprendíanlo
haciéndose útiles a su propia vida.

II

Hemos visto cómo la gente de Kujan-Bulak
conmemora a Lenin. Y esa noche
después que el petróleo se echó por completo en el pantano,
un hombre se puso de pie en la asamblea, y pidió
que pusieran una tarja en la estación,
la que explicaría la modificación del proyecto,
y relataría fielmente
por qué se cambió el busto de Lenin por el el tonel de petróleo
que barre la fiebre,
y por qué era al mismo tiempo un honor rendido a Lenin.
Y así lo hicieron
y colocaron la tarja.

LA VIDA PRIVADA DE LA RAZA SUPERIOR

(*Fragmento*)

Una banda toca una marcha bárbara. De la obscuridad emerge un poste indicador. Dice: A POLONIA y cerca del poste un camión Panzer. Sus ruedas giran. En él, sentados, están 12 o 16 soldados, con cascos de acero, sus rostros están blancos como la tiza, sus armas entre las rodillas. Bien podían ser títeres.

Los soldados cantan con la música de la canción Horst Wessel.

Y cuando el Fuehrer creó el orden
en Alemania con mano de acero
Nos envió adelante para llevar este Nuevo Orden
Con fuerza y fe a todas las otras tierras.

Así emprendimos el camino obedientes a nuestros superiores
Con todo nuestro poder —fue un día de Septiembre—
Para conquistar para ellos con la pasmosa velocidad del rayo
Un pequeño pueblo en el corazón de Polonia.

Y pronto toda Europa vió un fango sangriento
Estrellado sobre nuestro tanques desde el Sena al Volga
Porque el Fuehrer nos transformó en Raza Superior
A través del Continente con mano de acero.

Las luces se apagan lentamente. El monótono rugido del Panzer continúa unos segundos más. Cuando se ilumina nuevamente la escena vemos una escalera. Sobre la escena está escrito en letras enormes

BRESLAU 1933
LA TRAICION

Una mujer y un hombre están de pie escuchando. Ambos están muy pálidos.

LA MUJER: Ahora están abajo.
EL HOMBRE: Todavía no.
LA MUJER: Han roto el pasamanos. Ya estaba inconsciente cuando lo arrastraron de su apartamento.
EL HOMBRE: Pero lo único que yo dije fue que la radio que recibía las transmisiones desde Rusia no venía de aquí.
LA MUJER: Esa no fue la *única* cosa que dijiste.
EL HOMBRE: Yo no dije nada más.
LA MUJER: No me mires así. Les está bien merecido. ¿Quién los manda a ser comunista?
EL HOMBRE: Pero no tenían por qué arrancarle su jacket. Ninguno de nosotros puede darse ese lujo.
EL HOMBRE: No tenían por qué arrancárselo.

Las luces se apagan lentamente. El sonido del Panzer andando se escucha nuevamente.

LA VOZ

Así el vecino traicionó al vecino
Así los pobres se devoraron los unos a los otros
Y la enemistad creció en las casas y en los precintos
Y así avanzamos con confianza
Y nos metimos en nuestro Panzer
Todo aquel que aún no había sido muerto:
Toda una nación de traidores y traicionados
Nos metimos en nuestro carruaje de hierro.

Las luces se apagan. Se escucha el Panzer.

LA VOZ

Hay también un doctor en nuestro Panzer
que decide cuál de las mujeres de los mineros
debe ser enviada a los burdeles de Cracovia.
Y el es muy eficaz y no hace remilgos
porque guarda fiel memoria a su mujer que murió
que era judía y fue expulsada y muerta
porque la Raza Superior debe escoger cuidadosamente sus parejas
y el Fuehrer debe decidir quién se acuesta con quién.